Pinacoteca

(Cuentos)



Pinacoteca | Víctor Olaya

2026

Pinacoteca.
Víctor Olaya.

Copyright © Víctor Olaya, 2026.

Un retrato

—Mire aquí, por favor —dice siempre el retratista mientras se señala a sí mismo.

El modelo, equivocadamente, se queda entonces algo rígido y trata de guardar la posición de una manera un tanto cómica. Entiende que no es solo cuestión de dirigir la mirada hacia el artista, sino de mantener la pose completa con la mayor fidelidad posible. Pero el pintor le invita a relajarse, le dice que no importa si se mueve, que lo importante es que fije su vista allá donde él se encuentra.

Así va pintando, alternando su visión entre el lienzo y la persona, y cruzando continuamente la mirada con la de quien tiene enfrente. La mantiene con sus ojos profundos, le observa como si quisiera retenerle en esa dirección y recordarle sin necesidad de palabras que no debe mirar a otro lado.

Es un pintor rápido, no suele demorarse demasiado. Ningún modelo acaba cansado o siquiera aburrido. Regularmente, él repite la consigna.

—No deje de mirarme, por favor. Como si quisiera memorizarme. Míreme e imagíneme de otra manera o con otra ropa —dice en algo que el otro interpreta como un pequeño ardid profesional para hacer más llevadera la inmovilidad.

De nuevo, insiste en que no hay problema en cambiar de posición si es que le resulta más cómodo.

Cuando termina, el retratista no invita al modelo a acercarse. Por su gesto, se diría que ahora le es irrelevante. No lo mira más, lo ignora, y su mirar está fijo tan solo en su creación. Al cabo de un tiempo, el modelo se acerca para contemplarse con la esperanza de ver allí la mejor representación de sí mismo.

Es entonces que llega no la sorpresa, sino el pavor. Cuando el modelo se asoma al lienzo y descubre que no se trataba de un retrato, sino de un autorretrato. En la pintura, con asombroso detalle, aparece el pintor tal y como él mismo lo visualizó. El encuadre exacto, los rasgos en los que más se concentró durante su espera. Si es que acaso siguió sus indicaciones y lo imaginó con otra ropa, allí lo encuentra vestido de esa manera exacta, o desnudo si tuvo esa fantasía, o con un peinado distinto u otra edad que no es la actual, cualquier ficción que pudiera haber desarrollado en su imaginación la ve ahora materializada sobre el lienzo.

El fondo del cuadro, sin embargo, no es el del estudio, sino un escenario onírico de motivos diversos, construido a partir de las otras ideas que pasaron por la mente del modelo. Otras personas, otros lugares, simples colores, formas, trazos que evocan sensaciones y sentimientos tal y como unos minutos atrás los experimentó mientras creía estar siendo retratado.

El modelo entiende así, con terror, que no estaba allí para prestar su cuerpo y su figura, sino sus ojos y su punto de vista, que el artista no miraba hacia él para copiar sus facciones, sino *desde* él para descubrir una interpretación personal de sí mismo. Que en ese tiempo que ahora se antoja excesivo, habitó su mirada y recorrió sus pensamientos como quien curiosea la biblioteca de una casa ajena cuando el anfitrión se ausenta durante un momento.

El modelo nunca reclama el cuadro, menos aún la suma convenida por su tiempo de posado, y simplemente se marcha lo antes posible.

Con lupa

Como en tantos otros escritorios, en el de mi marido había una lupa. Yo lo consideraba más un objeto decorativo, de igual modo que lo eran el abrecartas o el tintero que había sobre la misma mesa. A estas alturas, quién utiliza esa clase de cosas. Era una lupa grande que descansaba en su propio soporte, con aire elegante. Nunca le di ninguna importancia.

Una tarde, limpiando el polvo del despacho, la lupa se cayó al suelo y el cristal se rompió. Mi marido no estaba en casa, y esa misma noche, mientras cenábamos, mencioné mi percance con la lupa. Pareció disgustarle, y algo me hizo entender que había más valor en aquella lente del que yo había supuesto. Quizás fuera una herencia familiar o un regalo de alguien cercano. En realidad, yo no recordaba de dónde venía la lupa ni qué historia había detrás. Me sentí mal, aunque él no me lo recriminó, simplemente lo encontré algo incómodo.

Tardó un solo día en comprar una nueva lupa. Era similar a la anterior, y eso me hizo pensar que no había en aquella un valor sentimental, sino práctico, y con ello dejé de sentirme mal conmigo misma.

El incidente de la lupa hizo que, a partir de ese momento, me fijara más en ella de manera inconsciente. Me di cuenta de que no siempre estaba en la misma posición. Al parecer, y al contrario de lo que yo hasta entonces creía, mi marido sí que le daba uso. Y en ocasiones, la lupa simplemente desaparecía y después volvía a aparecer en el escritorio, como si la hubiera estado utilizando fuera del despacho.

Me pregunté para qué le serviría aquella lupa y comencé a observarle discretamente. La ausencia del artilugio, deduje rápidamente, coincidía con algunas salidas al jardín, y sobre todo con los paseos que daba por los caminos alrededor de la casa. Siempre se había interesado por los asuntos de campo, y supuse que la utilizaría para observar bichitos o algo similar. Aun así, fui acumulando a partes iguales curiosidad e intranquilidad con cada una de estas salidas, y quise saber más.

Le propuse acompañarle a pasear, y eso pareció agradarle. Pero cuando yo estaba con él, dejaba siempre la lupa en el despacho, y en todo caso salía más tarde con ella a ocuparse en lo que fuera que hiciese.

Una mañana en la que fue a pasear, lo seguí con cuidado. Caminó un par de minutos y luego se detuvo y se puso en cuclillas antes de sacar la lupa. Situó la lente a poca distancia

del suelo y, después de tantear su posición, la dejó inmóvil. Cada cierto tiempo la desplazaba como siguiendo algo. Estuvo unos diez o quince minutos ocupado en aquello. Después no volvió a casa, sino que siguió paseando. Al acercarme al lugar, encontré un hormiguero que bullía, con cientos de insectos desplazándose caóticamente. En mitad de ellos había un pequeño montón de cadáveres carbonizados.

Volví a seguirle otros días, y lo descubrí así quemando más hormigas, y también escarabajos, grillos e incluso pequeñas orugas. Una vez, tal vez creyendo él que yo no estaba en casa, lo vi en el jardín desde la ventana y pude ver el gozo en su rostro, un gesto evidente de placer que me resultó escalofriante.

Teníamos en casa un gato que, como tal, traía de vez en cuando algún ratón que había cazado y lo dejaba en la puerta a modo de ofrenda. En una ocasión trajo uno que no estaba muerto, sino solo moribundo. Lo dejó en el suelo y daba mucha pena verlo, sin poder apenas moverse, solo temblar. Mi marido dijo que él se encargaría de matarlo para que no sufriera, y que lo tiraría después en el campo, lejos de casa. Entró a la habitación a ponerse los zapatos y luego cogió un guante de jardinería. Cuando se marchó con el ratoncillo en la palma de la mano, fui al despacho y comprobé que la lupa no estaba. Era un mediodía soleado de verano.

Empecé a evitar su compañía, y él como consecuencia dedicaba más tiempo a su afición. Más tarde empezó a salir algunas mañanas de sábado con un grupo de compañeros de

trabajo. A hacer senderismo, según decía. Al principio pensé que mentía y que aquello sería solo una coartada para ir con la lupa, pero me di cuenta de que no la llevaba consigo en esas salidas. Incluso me gustaba que llegaran esos días, por saber con certeza que en ese momento no estaba utilizándola.

Hasta hoy en que, al marcharse él, por cerciorarme una vez más y sentirme tranquila, entré en el despacho y vi que la lupa estaba en su sitio, sí, pero faltaba el abrecartas.

Marfil

No era un hombre guapo, pero tenía una sonrisa hermosa. El gesto franco y, sobre todo, unos dientes bien alineados que, a pesar de su circunstancia y edad, conservaba íntegros.

El patrón era hombre de más vanidad que caridad. Vestía trajes y camisas caras, zapatos de cuero siempre brillantes, llevaba el pelo repeinado. Gemelos de oro, reloj abultado. Heredó de su padre un cuerpo bien proporcionado en el que todo ello lucía con una cierta prestancia, pero también una dentadura pobre, de dientes picados y numerosas ausencias. Se avergonzaba de ello y hacía tiempo que evitaba sonreír más de lo necesario.

Cuando el patrón le daba alguna orden, él siempre sonreía. Opinaba su padre, que en paz descanse, que una sonrisa, aun si fingida, abría muchas puertas, y él siempre lo creyó como un dogma.

—Hoy quiero que te quedes hasta más tarde y me arregles la puerta de entrada, que ya es hora.

Y a él le parecía injusto, maldecía para sí, pero aceptaba servicial. Y para ratificar su sumisión, ofrecía siempre su mejor sonrisa.

El patrón faltó durante unos días, se dijo que por un asunto médico. Cuando volvió, su sonrisa era de dientes perfectos, blanquísimos y alineados. Ya no los ocultaba, sino que los mostraba sin pudor y reía innecesariamente. A su espalda, los hombres comentaban la apariencia artificial de aquella dentadura, pero no solo por la evidente falta de naturalidad de las piezas, sino por lo forzado del gesto. Era un hombre que no sabía sonreír con espontaneidad.

Ahora traía un aire de altivez y superioridad cuando se dirigía a ellos. Se comportaba de la misma manera déspota de entonces, excepto con él, a quien trataba con más tiranía aún que antes. Pero él seguía recibiendo sus órdenes con idéntica obediencia, nunca protestaba, y en ningún momento dejaba de obsequiar una sonrisa.

El patrón poco a poco dejó de tratarlo de aquella manera. Incluso se le advertía algo de rechazo, de frustración, como si no le interesara ya su ayuda. Y cuando la pedía, no tenía paciencia ni tolerancia ninguna.

—Deja de sonreír y ponte a trabajar —le recriminaba.

Fueron tres hombres, todos corpulentos, una noche mientras volvía a casa. Lo arrinconaron sin decir palabra y le dieron una paliza. Un golpe en la boca del estómago lo dejó a su

merced y sin posibilidad de defenderse. A partir de ahí, le dieron uno tras otro puñetazos en el rostro y en la mandíbula. Se fueron en silencio y él escupió sangre y tres dientes.

Apareció a la mañana siguiente con el rostro hinchado, y los compañeros se compadecieron de él en silencio. El patrón vino a su lado y le agarró el hombro con su mano en un gesto de bonhomía. Sonriendo, le concedió una semana de reposo.

Una dedicatoria

Elisa Navarro fue el gran amor de mi vida. Pasé junto a ella más tiempo que con ninguna otra pareja, siempre en una sintonía casi inverosímil, y con una felicidad que no he vuelto a encontrar al lado de nadie. Luego las circunstancias de cada cual complicaron la relación, nos vimos obligados a la distancia, y a pesar de la promesa algo inocente de intentar que el amor sobreviviera a las dificultades, fuimos alejándonos y entendimos que nuestro destino era otro. Años después ella volvió a la ciudad, la situación nos era más favorable, pero a ninguno se nos ocurrió que fuera buena idea retomar el ensueño de otro tiempo. Perdimos el contacto hace algunos años.

Elisa fue, además, la única compañera de cuantas he tenido que comprendió completamente mi relación con los libros. No compartía en toda su intensidad mi pasión por la literatura, pero sabía de ella y disfrutaba conociendo esa

parte de mí. Yo le dejaba libros que ella leía y comentábamos después, y de vez en cuando le compraba algunos de mis títulos más queridos y se los regalaba con unas dedicatorias extensas. Ella los iba poniendo en una balda separada en la estantería de su habitación, donde guardaba únicamente esta pequeña biblioteca personal que yo iba formando.

No eran libros exóticos. Muchos eran clásicos, siempre en ediciones sencillas, porque yo entonces no podía pagar nada más exclusivo. En las librerías de viejo encuentro a veces alguna de esas ediciones y no puedo evitar recordar a Elisa y pensar en nuestros intercambios lectores. También ella me regalaba libros, acabó por entender muy bien mis preferencias y escogía títulos que solían gustarme. Decía siempre que ella no tenía talento para escribir, que se le daba mal eso de poner una dedicatoria, pero aun así lo hacía y yo me emocionaba leyendo sus palabras. Guardo todos esos libros con mucho cariño y, al igual que ella entonces, los tengo en un lugar separado de mi biblioteca.

Había quedado con un amigo y llegaba antes de la hora, así que entré en una librería de viejo para matar el tiempo. No tenía intención de comprar mucho, solo me divertía sacando algunos libros y hojeándolos. Encontré entonces un tomito que yo recordaba haber regalado en aquel tiempo a Elisa, y lo saqué para mirar sus páginas y disfrutar así de aquella memoria. Estaba lleno de subrayados hechos a lápiz, y me pregunté si Elisa haría eso también. Me di cuenta de que no lo sabía. Luego me pregunté, en caso de que así fuera,

qué frases subrayaría ella, y si acaso tomaría notas en los márgenes.

Al abrir el libro por la primera página, me encontré de repente con mi propia caligrafía. Allí estaba, frente a mí, la dedicatoria que yo mismo había anotado hacía años, escrita de mi puño y letra. Aquel era el ejemplar de Elisa, el que yo le había regalado. Descubrirlo me produjo una tristeza inmensa, y al instante una indignación que se me hizo difícil soportar.

Hice memoria de algunos otros libros que le había regalado y me puse a buscarlos por la librería. Solo encontré uno más, pero bastó para convencerme de que todos ellos, toda esa colección de libros dedicados por mí, habría pasado en algún momento por allí. Que Elisa se había deshecho de ellos por alguna razón sobre la que preferí no elucubrar.

Compré esos dos tomos que ahora me avergonzaban, como si fueran la demostración de un fracaso expuesta a la vista de cualquier extraño. Le pregunté al librero si sabía de dónde venían los libros o en qué fecha los habían recibido, aunque intuía la respuesta. Me dijo que no llevaban un registro tan detallado.

—La mayor parte los compramos por lotes, una biblioteca entera. Lo más normal es que alguien muera y los herederos nos vendan todos sus libros.

La decepción y la rabia desaparecieron, dejando de nuevo paso a la tristeza.

Al volver a casa, coloqué los libros en la estantería, junto a los que ella me regaló.

Elisa Navarro fue el gran amor de mi vida.

Duelo

El coche que venía de frente invadió su carril y él le dio una ráfaga con las luces largas. Era todavía de noche, no había más vehículos en la carretera. Al avanzar vio sobre el asfalto un animal muerto y entendió que aquel otro coche simplemente había tratado de esquivarlo. Lo vio un solo instante, pero por el tamaño y el color algo anaranjado, más brillante al quedar iluminado por los faros del coche, supo que era un zorro. Había visto toda clase de animales muertos en aquella carretera que cogía cada día, sobre todo pájaros, los habituales gatos y perros, algunos corzos, una vez un tejón, pero no recordaba haber visto antes ningún zorro.

Ocupó su mesa en la oficina e intentó trabajar. Habían pasado algunos días ya, pero aún le era difícil. Ahora la cabeza no paraba de recordar las últimas palabras, los últimos momentos juntos, toda suerte de episodios finales, algunos de lo más banal y ridículo. No le molestaron mucho, avanzó

como pudo en un proyecto que tenía ya abierto y no era demasiado urgente, y no vinieron a darle más tarea.

En el camino de vuelta el zorro seguía ahí. Ahora fue él quien invadió el carril contrario para evitarlo. Le pareció que el color era menos brillante, no era ya el mismo animal. Al pasar cerca, espantó unos pájaros que andaban rondando el cadáver.

Al día siguiente no había otros animales, solo el cuerpo en mitad del asfalto y ninguna alimaña cerca. Tampoco otros coches, así que pudo bajar la velocidad y mirarlo. Además del color, también parecía haber perdido volumen.

A media mañana notó una mano en su hombro. Era Castillo, que hasta entonces había estado en un viaje para ver a un cliente y no había hablado con él todavía. Se levantó y el otro le dio un abrazo. Luego bajaron a la cafetería y la conversación le supo extraña, fuera de lugar, todo lo anacrónico que puede resultar un pésame.

Al terminar el trabajo no volvió a casa, sino que se quedó haciendo unas gestiones. Bancos, notarios, registros, en algún momento tenía que arrancar con toda aquella burocracia.

—Si necesitas ayuda con eso, pregúntame, que yo lo tengo más o menos reciente —le dijo otro compañero.

Él agradeció el ofrecimiento, pero pensó en lo poco reconfortante que resultaba aquella hermandad de los deudos.

Cuando alcanzó la carretera secundaria ya era de noche. El zorro seguía ahí, y no había coches viniendo de frente, pero

ya no cambió de carril. El animal parecía más pequeño, así que trató de sobrepasarlo sin pisarlo con las ruedas. Apenas notó un minúsculo bachecito en la rueda derecha.

El jefe vino a verlo al día siguiente. Le invitó a comer, algo que no había hecho nunca antes. Fue una comida breve, y al final acabaron hablando de temas de trabajo.

Esa tarde, el animal ya no parecía ser tal. Era poco más que un pellejo. Ningún coche aminoraba la marcha ni se desviaba, pasaban por encima como si no estuviera ahí. Se preguntó si alguien lo quitaría, si no había un servicio encargado de esa clase de mantenimiento.

Por la mañana solo estaba la sangre. Justo cuando había pensado aquello, debían haber venido a retirar lo que quedaba. Aunque la verdad es que era tan poco que bien podría haber desaparecido por el paso de los coches. Una imagen muy desagradable, se dijo, y eso le trajo algunos recuerdos incómodos.

Un superior vino a protestar por un informe con errores. Díez le enviaba demasiadas propuestas para corregir, y los de administración no paraban de llamarle.

No pudo irse a su hora, tuvo que terminar un documento que alguien consideró que era urgente. Condujo de vuelta a casa mecánicamente, no prestó atención al tramo en el que antes estuvo el zorro y en el que ahora solo quedaba el color de la sangre.

Se sentó en el sofá, encendió la televisión, se sirvió algo de beber. Cuando se sintió algo más descansado, bajó al trastero

a por unas cajas de cartón y en ellas empezó a meter ropa que entregar a la beneficencia.

Diario

Hasta alcanzada la jubilación, mi madre no mostró ningún interés por lo esotérico. Al contrario, durante la mayor parte de su vida descreía de cualquier vidente o quiromante y juzgaba ridícula toda materia que tuviera que ver con lo místico. A cierta edad, sin embargo, se desarrolló de pronto en ella una pasión desmedida por esta clase de asuntos. Compraba libros, escuchaba programas de radio, estudiaba cualquier testimonio que pudiera encontrar sobre algún suceso misterioso.

La epifanía que llevó a mi madre a abrazar el ocultismo fue, según ella misma contaba, la aparición de una repentina capacidad de adivinar el futuro. La llegada de la clarividencia le dio la confirmación de que todo aquello que ella antes rechazaba era en realidad cierto, y le abrió los ojos a un nuevo mundo que ahora quería estudiar y dominar.

Por supuesto, nadie en la familia se tomó aquello en serio. Nos pareció una simple extravagancia explicable por la edad, y como aquella nueva afición suya no parecía entrañar riesgo, la dejamos hacer. Ella se estrenó con un par de alocadas predicciones que no sucedieron, y que los demás recibimos con una mezcla de lástima y mofa mal disimulada. Nuestra reacción la desanimó de volver a compartirnos sus profecías. Siguió obsesionada con el ocultismo, pero ya no tuvimos noticia de ningún otro vaticinio por su parte.

A la muerte de mi madre, encontré en su casa toda clase de parafernalia mística, y entre ella una colección de cuadernos en los que al parecer había ido anotando regularmente sus progresos en las artes adivinatorias, amén de otros sucesos en apariencia más mundanos. En otras palabras, lo que vendría a ser una suerte de diario íntimo de alguien que cree poder prever el futuro de las más diversas maneras.

Tiempo después, me asomé por curiosidad a esas páginas con más detalle, como una manera de recordar a mi madre. En esta lectura pausada descubrí que el diario no era en realidad tal, sino un compendio de visiones y predicciones. Las entradas estaban escritas no en presente o en pasado, sino en futuro. Ella simplemente consignaba en los cuadernos sus premoniciones y presentimientos.

Las anotaciones estaban calendadas con exactitud, por lo que pude verificar rápidamente ciertas fechas y acontecimientos relevantes. Por ejemplo, encontré allí el fallecimiento de mi padre años atrás, el accidente de mi hermano, la boda de

mi sobrina o la rotura de cadera de mi propia madre, que se ve que no fue capaz de evitar a pesar de, supuestamente, conocer con antelación el día en que iba a producirse.

Lo primero que pensé, claro está, fue que aquello era un diario cualquiera, escrito según habían ido sucediendo esos acontecimientos, aunque modelado intencionadamente para adecuarse a las extravagantes creencias que mi madre había cultivado en sus últimos años. Salvando el hecho de usar ese tiempo verbal de futuro, todo lo demás era por completo normal. Me resistía a creer que mi madre había escrito todas esas descripciones tan exactas días antes de que los hechos tuvieran lugar, yo no creía en aquellas cosas. Sin embargo, según iba leyendo, me iba dando cuenta de que me aproximaba a la fecha en la que ella había fallecido y que aún quedaban bastantes páginas por leer. No solo eso, sino que incluso quedaba un cuaderno completo posterior a aquel.

Leí no sin alguna lágrima el recuento que mi madre hizo de su propia muerte. Ese día la entrada era más larga de lo habitual, con toda clase de detalles en apariencia banales. Deduje que había querido plasmar su visión con la mayor precisión posible, acaso por reconocer, llegado el día, que lo predicho se cumplía en su totalidad y tener así certeza indudable de su final.

Con una sensación muy extraña leí también algunos de los días posteriores. Todo se contaba con la misma dedicación, de la misma manera, y en la medida en que yo podía recordar esos días no tan lejanos, había sucedido exactamente lo que

estaba escrito. Seguí leyendo con ansiedad todos los días hasta el presente, solo para corroborar que no había lugar a dudas: mi madre había sido capaz de ver el futuro.

No compartí el descubrimiento con nadie. Tampoco caí en la tentación de leer sobre los días del mañana que aún no habían llegado. Desde ese momento, fui leyendo al final de cada jornada lo que mi madre había escrito sobre ese mismo día, y nunca encontré ni un solo error. La muerte de mi hermano, mi despido del trabajo y el nuevo empleo que encontré meses después, la graduación de mi hija en la universidad, todo había sido predicho con exactitud por mi madre. Me pregunté cómo sería si yo hubiera sabido de esos episodios con antelación gracias al diario, pero me convencí de que hacerlo tendría demasiadas consecuencias negativas y no valía la pena.

He leído puntualmente los cuadernos de mi madre cada noche hasta convertir este gesto en una rutina que no creía que fuera a faltarme nunca. Hasta hoy, cuando he llegado al final. El día de mañana no aparece, su clarividencia no llegó hasta esa fecha. Esta es la entrada que lo cierra:

> Hoy leerás este último apunte de mi diario. Te quiero mucho, hijo.

He sentido que es ahora, esta noche, cuando comienza en realidad mi libertad y mi duelo.

Feliz Navidad

Bajó a la cafetería del hospital para hacer más llevadera la espera. Gentes tristes tomando sus desayunos mientras aguardaban a que algún familiar saliera de quirófano o que un doctor les trajera noticias sobre ese hijo que acababa de tener un accidente. Entendía su pesadumbre, él también había estado antes en su lugar. Pero hoy, por ser tal día, le pareció más doloroso pensar en ello. Pasar el día de Navidad en esas circunstancias se le antojó tristísimo.

Se dijo que tenía suerte, que él estaba allí para algo bien distinto. Su mujer iba a dar a luz y en breve tendría a su hijo en brazos. Se sintió tan diferente a aquellas otras personas que bebió el café de un trago y volvió rápido a la sala de espera de la maternidad, un espacio mucho más amable.

Pero aquellos pensamientos le volvieron a la cabeza, y mientras esperaba noticias del parto pensaba en cuántas tragedias sucederían esa misma noche. Cuántas de ellas en fecha

tan señalada, mientras todos los demás disfrutaban y reían, o al menos fingían hacerlo. Cuántas burlas del destino que además dejaban huella imborrable, porque cómo iba uno a disfrutar después la Navidad de igual manera si en estos días había perdido a un ser querido o sufrido alguna tragedia irreparable.

Salió una enfermera a buscarle. Le dijo sonriente que todo había ido bien. El pequeño y la madre estaban en perfecto estado, y podía ya entrar a verlos. Pensó que aquel debía de ser un trabajo agradable, ayudar a dar vida en estos días.

Se olvidó de todas esas desgracias que había imaginado, solo tenía pensamientos para ese milagro suyo y la felicidad que le esperaba. Su mujer lo recibió con gesto cansado pero radiante, el bebé recostado sobre su pecho.

Recordaría ese instante muchas veces, y también todas esas suposiciones funestas sobre las celebraciones y las tragedias, la manera cínica en que a veces se entrelazan. Cada Navidad, junto al recuerdo del instante en que, lleno de emoción, cogió en brazos a su hijo recién nacido y lo alzó para acercárselo a su rostro, y la sensación de extrañeza en las manos cuando lo sintió deslizarse por ellas durante una eternidad antes de precipitarse hacia el suelo.

Última voluntad

Las cenizas de un difunto, conforme a lo que le habían dicho, no podían facturarse y habían de llevarse como equipaje de mano. Todavía pensando en ello, acomodó su mochila en el compartimento superior, con cuidado para que no se volcara la urna que iba dentro de ella, y después tomó asiento. Pasillo, como él prefería.

Hacía una semana que su padre había muerto, y cinco días desde que había recibido la noticia. Le informó aquella mujer a quien él no conocía, pero de la que había oído hablar muchas veces, la esposa de un amigo muy querido de su padre. Había sido ella, al parecer, quien se había hecho cargo de los asuntos funerarios y la burocracia correspondiente, a falta de familiares u otras personas cercanas. No le extrañaba: su padre había cultivado un círculo mínimo de amistades íntimas allá en aquel pueblo cerca de Cuzco donde nació y

al que más tarde regresó, y nada más allá de eso. No había sido un hombre de trato fácil.

Debía hacer una década, o quizás más, desde que hablaron por última vez. Sin enfado, sin reproches. Simplemente había dejado de ser necesario mantener el contacto, como si vivieran en realidades separadas que no pueden aportarse nada la una a la otra.

Su padre había emigrado a España poco después de la mayoría de edad. Se había instalado en un pueblo cerca de Barcelona, había conocido a su madre, habían tenido un único hijo. Cuando él tenía tan solo ocho años, su madre había muerto repentinamente. Y cuando encontró su primer trabajo y se independizó, su padre se sintió solo y comenzó a plantearse qué hacía allí. En realidad, la reflexión le hizo darse cuenta de que ya antes sentía esa soledad; entre ambos, padre e hijo, siempre hubo más obligación y responsabilidad que vínculo. Menos de un año después, se regresó al Perú.

Él había ido tan solo un par de veces a visitarle. El lugar, el país al completo, le eran tan extraños como a cualquier otro extranjero. Le resultaba curioso pensar en cómo su padre se había vuelto a su patria empujado por la nostalgia, pero nunca había intentado compartir esa raíz con él, nunca lo había considerado un compatriota ni esperado de él que se sintiera como tal. Y llegado el momento, había elegido la patria en lugar del hijo.

* * *

Nunca hubo españoles en aquel pueblo. Josep era el único, o al menos eso creía. De casualidad y por simple amor, como a él le gustaba decir. Se habría vuelto a casa después de aquella estancia, a su pueblito de playas tranquilas y casas de piedra cerca de Barcelona, pero ella nunca quiso dejar aquel pueblo, mucho menos el país, y él nunca quiso dejarla a ella. No le fue difícil adaptarse.

Echaba de menos su origen, pero vivía feliz. A los pocos años de llegar, conoció a un hombre que había regresado de España después de pasar allí media vida. Ahora volvía para instalarse de nuevo en aquel pueblo en el que, decía, había nacido, y en el que ya no le quedaba familia. A la segunda conversación que tuvieron, Josep descubrió que aquel hombre, en sus años de emigrante, había vivido exactamente en el pueblo del que él mismo venía. La casualidad los unió de ahí en adelante.

* * *

Su padre le habló de aquella pareja en cuanto les conoció y comenzaron a tratarse. En aquel entonces todavía había entre ellos algo más de comunicación, aunque desganada y movida por mera inercia. Qué probabilidad había de encontrar allí a alguien que viniera de ese mismo lugar, alguien que, como él, lo hubiera abandonado para instalarse a miles de kilómetros, en un pueblo mínimo, aun si sus razones eran muy diferentes. Esa casualidad le valió para conseguirse un

amigo, y en aquel momento también para tener un tema de conversación del que poder hablar con su hijo.

Él no había llegado a conocerlos nunca, solo los había oído mencionar. Estaba claro que su padre no tenía amigos mejores que ellos, y con el tiempo, entendió que no tenía ningunos otros de suficiente confianza.

Ahora la mujer le demostraba en persona el cariño que se habían tenido y rememoraba algunos momentos pasados.

—Tu padre nos hablaba de ti —dijo, aunque sonó protocolaria.

Solo estaba ella, no su marido, que supuso habría fallecido ya sin que su padre le dijera nada en su momento. Le pareció que la mujer estaba realmente triste, y pensó que quizás ahora, después de aquello, se quedara sola y sin más amigos cercanos.

—Tu padre siempre decía que le gustaría que sus cenizas estuvieran en el pueblo donde él vivió en España y donde tú naciste, en el mar.

A él le sonó extraño, pero qué sentido tenía rebatir a la mujer en aquel momento. Qué poco conocía en realidad a su padre, eso fue lo que pensó.

—Vuelve cuando quieras —dijo dándole un abrazo—. Acuérdate de echar las cenizas al mar como quería tu padre —insistió.

* * *

Volvían de hacer unas gestiones sencillas. Josep acompañaba al amigo porque en aquellos temas él sabía algo más y siempre estaban dispuestos a ayudarse cuando hiciera falta. En el tiempo que pasaban juntos, a veces se arrancaba a contar algún recuerdo de sus años jóvenes, y no había nadie que pudiera escucharle como él, nadie que conociera de primera mano aquello que rememoraba.

—Echo de menos el mar —le decía—. Pero no el de aquí, sino el de allí, las playas aquellas. Aunque no hay quien convenza a Rosa para que coja un avión —añadía riendo.

No fue culpa de nadie. Un pájaro cruzó la carretera a destiempo, golpeó en el parabrisas, con la sorpresa él dio un volantazo excesivo y acabaron fuera de la calzada y chocaron con un árbol.

La mujer tuvo que encargarse de todo. Del marido, del amigo. Se sentía desbordada. Luego, en su casa, descubrió que la esperaba no solo el duelo, sino también la angustia de la responsabilidad. Porque estaba el asunto de aquella última voluntad que el esposo le había confiado tantas veces y que era mejor no postergar, pero ella era mayor y no quería salir de allí, y menos aún tener que volar. Y estaba el hijo del amigo, habría que llamarlo, claro, pero cómo iba a pedirle algo así, qué macabro, si ni siquiera lo conocía.

* * *

La bolsa es de terciopelo. La urna es de plástico, porque así lo manda la normativa cuando se ha de volar con ella,

nada de urnas metálicas. Hay un viento ligero. Un amigo le ha dejado una barquita y él se ha alejado de la orilla a primera hora de la mañana y ahora ve derramarse los copitos grises sobre el agua. Piensa en las palabras de la mujer, en su insistencia, y se dice una vez más que apenas conoció a su padre.

Cuando termina, deja la barca amarrada donde la recogió y camina, mirando la playa tranquila y las casas de piedra del pueblo.

Prueba y error

El canasto apareció en mitad de la noche. Sobre la calle de tierra humedecida por la llovizna, con un paño de gasa y un recién nacido que en ese momento no hacía ruido ninguno. Comenzaría a llorar más adelante, entrada la madrugada, y una mujer lo descubriría poco antes del amanecer.

Se le procuraron a la criatura los cuidados esperables. El pueblo decidió quién se haría cargo de él de ahí en adelante. Alcanzó apenas los tres años de edad antes de que una infección incurable acabara con su vida.

Siglos después, también durante la noche. Una caja de cartón sobre la acera, en un callejón. Ni siquiera hizo falta el llanto esta vez, el descubrimiento fue casi inmediato. El bebé siguió los cauces establecidos, hay protocolos para esta clase de casos. Creció entre el orfelinato y una familia de acogida. Más tarde el reformatorio, la calle, la falta de futuro. El fo-

rense certificó su muerte con quince años recién cumplidos, por arma blanca en una reyerta.

Otro intento fallido, pero alguna vez se logrará el objetivo. Es cuestión de perseverancia. Nadie dijo que el advenimiento de un nuevo mesías fuera sencillo.

Starring

Cuando en aquellas primeras películas de mi infancia me horrorizaba ante alguna escena violenta, mi padre se apresuraba a aclararme que lo que veía no era real, que las heridas eran fingidas y las muertes no sucedían.

—Ese mismo actor ha hecho después muchas más películas —me aseguraba riéndose, como prueba irrefutable de que la flecha clavada en el pecho de aquel vaquero no había acabado con la vida de quien lo interpretaba.

Lo lógico entonces para un niño como yo era pensar que todo era real, creer con total certeza las imágenes que tenía delante de sus ojos. El cine y la ficción visual no estaban tan presentes en el imaginario de aquel entonces como en el de hoy día, donde los niños ya no preguntan esa clase de obviedades y no hace falta explicarles el mecanismo para evitarles el trauma. Tú nunca necesitaste esa explicación.

Fue aquel cortometraje de un tal Bakken, un director noruego, el que cambió todo. Lo vimos como los primeros espectadores ante esa grabación del tren de los hermanos Lumière. Corrían, según se cuenta, convencidos de que se trataba de un tren real que venía hacia ellos y saldría de la pantalla. Porque nosotros sabíamos que esto sí era real, y porque aquella era una realidad cruda, impactante. No moría nadie, pero había dolor, golpes, sangre. Las explicaciones reconfortantes de mi padre no habrían servido en este caso, el horror de esa cinta no era una impostura. La amputación que sucede en la escena central, con ese plano cenital pobremente encuadrado, se convirtió con los años y los sucesos posteriores en uno de los momentos más icónicos de la historia del séptimo arte.

En realidad, el cortometraje no tenía gran valor cinematográfico, de manera similar a aquella película de los Lumière, pero sembró la lenta semilla de un movimiento que buscaba reivindicar el realismo más absoluto, un cine sin trampa ni cartón en donde todo, y especialmente lo más grotesco, debía ser real. Pero no una realidad como la de un documental, sino una ficción en la que todos los implicados en materializarla debían estar dispuestos a hacerlo de una manera sincera y verídica, asumiendo cuantos sacrificios aquello pudiera demandar.

Vimos, como digo, el metraje con fascinación, entendimos su intención, incluso compartimos su razón de ser, pero a la mayoría nos pareció un sinsentido. No era aquella la ma-

nera de recuperar el verdadero espíritu del cine, sino una solución tosca, bárbara, acaso una mera *boutade* que nada hacía en realidad por devolver al arte su esplendor y significado perdidos. Yo en aquel tiempo empezaba a hacerme un lugar en el mundo de la actuación, vivía de papeles más o menos breves, y estaba convencido de que el enfoque clásico era la manera adecuada de rodar películas. La cinta no fue más allá de causar un revuelo momentáneo, y después cayó en un olvido predecible.

En esos días yo te había apuntado al grupo de teatro del colegio, donde representabais obritas muy simples en las que ya podía verse tu talento sobre el escenario. Mamá te hacía algunos vestidos, como aquel de tigre que todavía conserva, y con el que hiciste una actuación que impresionó a todos los profesores y al resto de padres.

Con el paso de los años, el desencanto provocado por la maquinaria artificiosa en que se había convertido la industria acabó por revivir la propuesta de ese cine comprometido en extremo con el realismo. Se plasmaron unas ideas en un manifiesto que adquirió en poco tiempo una cierta inercia, y aquello fue el primer paso hacia lo que habría de venir después.

No había trama que no pudiera filmarse siguiendo estos preceptos de pureza interpretativa, y así presenciamos toda clase de horrores, de sacrificios hechos en beneficio de la legitimidad artística. La primera muerte real tardó poco en llegar. La entrega máxima, una suerte de cima interpretativa

que escandalizó a la mayoría de espectadores al tiempo que sirvió para atrapar a otros y confirmar que esa manera de hacer cine no era un capricho fugaz, sino una escuela que ambicionaba un largo recorrido.

A quienes entendíamos aquello como algo reprobable, la normalización de estas películas, muchas de ellas de una factura impecable, comenzó a despertarnos un interés que poco a poco se convirtió en pasión. Solo cuando llegaron a las salas de cine pudimos darnos cuenta de la verdadera potencia que escondían. Lo recuerdo como una revelación colectiva. Había incluso quienes iban a las salas sin conocer nada sobre esa forma particular de rodaje, ignorantes de lo que acababan de ver. Comentaban luego la película de la manera habitual, y si entonces se les hacía saber la verdad, reaccionaban violentamente. Muchos se escandalizaban, pero otros sufrían una especie de epifanía que de inmediato los transformaba en devotos.

La exposición a la tragedia real no nos inmunizó frente a la brutalidad, pero desarrolló en nosotros una sensibilidad distinta, una capacidad de admirar su superioridad estética y artística. Nos convertimos en seguidores convencidos. En mi caso, no obstante, nunca me llevó como actor a seguir esa corriente, supongo que por simple falta de coraje, y seguí interpretando papeles en películas habituales, cada vez con menos entusiasmo.

En aquel entonces tú formabas parte de un grupo de teatro de la universidad. Hacías papeles principales, yo iba a

verte lleno de orgullo. No tardaste en preguntarme tímidamente por el cine, y entendí que te interesaba dar el salto y pedías mi ayuda, aunque querías que esta fuera lo más discreta posible, que te guiara y te apoyara sin allanarte el camino más de lo necesario. Supuse que estarías enterado de esa filosofía radical que cada vez ganaba más espacio, incluso que habrías visto algunas de esas películas, pero no parecían atraerte. Yo, por supuesto, no te hablé de ellas, y mucho menos te empujé a ir en esa dirección, más bien al contrario, a pesar de que por aquel entonces ya estaba plenamente convencido de que la forma más elevada de interpretación era la que se lograba por aquella vía tan extrema.

A medida que tu carrera progresaba, la mía se estancaba. No fueron años buenos, y tampoco yo estaba en mi mejor momento artístico. Después de reflexionar, decidí, como tantos otros actores, probar suerte al otro lado de la cámara y dirigir mi primera película. Tú me pediste participar en ella, pero yo no quise. No era una buena idea, me dije. Lo entendiste como un rechazo y eso nos distanció. Pensaste, más tarde me lo dirías, que yo no te consideraba con el suficiente talento como para protagonizar mi obra. O peor aún, que te veía como un actor inferior al que yo había sido en otro tiempo.

La película, ya sabes, no tuvo éxito, o no al menos el que yo esperaba. Aun así, no volví a la actuación, sino que quise hacer un nuevo largometraje. Y a falta del valor que no había tenido para alinear mi carrera de actor con mi pasión por

el hiperrealismo cinematográfico, opté por dirigir este bajo aquellos preceptos radicales.

La idea gustó, el productor vio en ello una oportunidad de hacer algo verdaderamente notable, y se me ofreció un guión que desde la primera lectura supe que habría de convertirse en una película importante. No solo el guión y la trama, sino el planteamiento, la manera concreta de materializar esa doctrina cinematográfica. Un policiaco, qué mejor género para algo así.

Me llevó tiempo convencerme de que quería dirigir aquella película, y más tiempo aún para convencerte de que participaras en ella. Rechazabas ahora mi oferta, y rechazabas también el guión y lo que suponía.

—Sin ti no puedo hacer esta película —te repetí muchas veces, sin lograr que cambiaras de parecer.

Pero ambos éramos ambiciosos y sabíamos que no habría otra oportunidad como aquella de llegar tan alto. Estábamos comprometidos por completo con nuestro arte y dispuestos a entregar por él lo que fuera necesario. Cuando entendiste aquello, te convertiste en el más entusiasta de todo el reparto.

Ahora pienso en cuántas veces repasamos esa escena final. Tu espanto inicial se transformó en fascinación, creías de veras en la película. Incluso propusiste cambiarla, un apuñalamiento en lugar de un tiroteo, un primer plano, y yo acepté con emoción todas tus ideas.

Hoy terminamos el montaje y pude ver el resultado por primera vez. Estoy convencido de que esta película marcará

una época. No sabes el orgullo que sentí al ver tu nombre y el mío, con nuestro mismo apellido, en esos títulos de crédito. Ojalá estuvieras aquí para poder verlo.

Mire al pajarito

En cuanto pudo, fue a revelar aquella fotografía. Sabía que tenía algo especial. La instantánea de aquella mujer a la que él, por casualidad, había retratado en el momento mismo en que le alcanzaba la muerte.

Supo que tenía ante sí la foto de su carrera, y tuvo confirmación inmediata de ello en cuanto la hizo llegar a la agencia. Una fotografía icónica, a decir de la crítica.

La sorpresa vino poco después. Como aquella vez, él no creía que algo así pudiera suceder. No intuía riesgo alguno, como tampoco lo hacía aquel hombre segundos antes de que lo arrollara esa furgoneta y él inmortalizara el momento con cuidada estética. La casualidad, repetida de esa manera, le resultó esta vez algo sórdida.

Más aún se lo pareció en una tercera ocasión. Una cuarta, mientras fotografiaba el mar y creía así encontrar refugio de aquella condena, le dio la certeza de que él no era un simple

espectador de estas tragedias y lo sumió en una completa crisis creativa. Cayó presa de la superstición y se negaba a hacer fotografías. Solo se atrevía a disparar cuando tenía completa seguridad de que nada podría suceder a su alrededor, pero ¿qué belleza podía buscar en escenarios tan inocuos? La angustia era tal que acabó abandonando la fotografía.

No tuvo que esperar mucho para descubrir que aquello no servía de nada. Aun sin la cámara en las manos, buscaba con su mirada de fotógrafo los encuadres perfectos, las luces, los colores, los protagonistas que habrían dado fuerza a esas instantáneas si hubiera podido tomarlas. Y al hacerlo, volvió a encontrarse con que las tragedias sucedían frente a sus ojos, como si el mero hecho de invocar la estética de una escena liberara el lado más fatídico del destino.

Evitaba a los amigos y familiares, no quería trato directo con nadie. Nada que le hiciera mirar y buscar cualquier forma de estética o de belleza.

Lo soportó apenas unas semanas. La muerte de una niña que jugaba en un parque terminó de convencerle de que su mirada iba sembrando dolor por razones que él mismo no podía comprender. Consideró quitarse la vida o hallar algún modo de quedar ciego, pero no tuvo el valor suficiente para ninguna de ambas soluciones.

Se redimió de una manera distinta que ahora incluso encuentra reconfortante. Nada como hacer las paces con los recovecos y maldiciones de uno mismo. Lo que al principio no era más que una dudosa alternativa se ha convertido aho-

ra en un remedio sólido. Ha perdido la cuenta, pero diría que han sido ya más de una docena.

Los hombres llegarán en breve, si es que son puntuales. El callejón es oscuro, con una farola que arroja un embudo de luz amarillenta. Las paredes de ladrillo, una puerta de madera vieja. Un escenario que le parece casi cinematográfico. Se dice que tanto mejor, así le será fácil encontrar la estética necesaria. Podrá dormir tranquilo al menos esta noche.

Buen samaritano

—Todo viene de un día, hace ahora quince años, y de una mujer a la que dejé morir. Me habían propuesto un empleo nuevo y tenía que estar a primera hora de la mañana en una dirección lejos de mi casa. Llevaba tiempo en paro, mi situación empezaba a ser difícil, y aquella era una muy buena oportunidad. Salí pronto, aún de madrugada, para poder ir andando, porque pensé que eso me ayudaría a relajarme. Me gusta mucho caminar, ¿sabe?

—¿Y consiguió usted el empleo?

—Sí, eso sí. Y es parte importante del problema.

—Explíquemelo.

—De acuerdo, le explico. Como le decía, iba caminando hacia mi entrevista de trabajo. La calle estaba vacía a esas horas, y de pronto, junto a una tienda de electrodomésticos, me encontré una mujer tirada sobre la acera. Estaba inconsciente y había junto a ella un charco de sangre, creo que venía

de su cabeza. Probablemente habría tenido algún desmayo y al caerse se habría golpeado.

»Me acerqué a ella de inmediato y, al ver su estado, me puse muy nervioso. No sabía bien qué hacer. Le hablé pero no reaccionaba. Entonces me acordé de mi entrevista de trabajo y la situación me superó. Tenía que ayudar a esa mujer, pero no sabía cómo, y si pedía ayuda, tendría que quedarme con ella hasta que llegara una ambulancia, quizás acompañarla o responder preguntas. No llegaría a tiempo. No sé bien por qué lo hice, pero fui egoísta y me marché de allí sin pensarlo, y me convencí a mí mismo de que alguien vendría pronto y la socorrería.

»Me sentí mal, por supuesto, pero necesitaba tanto aquel trabajo que solo pensaba en conseguirlo. Sorprendentemente, fui capaz de mantenerme relajado en la entrevista, respondí bien, y a la semana siguiente me dieron el puesto. Pero una vez que salí de aquella oficina, no pude quitarme esa historia de la cabeza.

—¿Sabe lo que le pasó a la mujer?

—No, no lo pude averiguar. Pero ya le digo que a esas horas la calle estaba muy poco transitada, quizás la siguiente persona que la vio llegó mucho después que yo y ya era demasiado tarde. Desde entonces he vivido con una angustia inmensa.

—¿Remordimientos? ¿Miedo? Porque sabrá que faltar al deber de auxilio es un delito.

—En realidad no es eso. O al menos, no lo es ahora. Sí lo era al principio, durante un tiempo. Me odiaba a mí mismo, pensaba en lo que sucedería si alguien supiera aquello. Y pensaba en la mujer, claro, en la vida que había perdido por mi culpa, por mi egoísmo. Pero con el tiempo aprendí a vivir con ello, era como una especie de dolor crónico al que te acostumbras.

—¿Y entonces?

—Aquel empleo cambió mi vida por completo. El sueldo era muy bueno, pude pagar todo lo que necesitaba y alquilar un piso mejor. Me permití caprichos que deseaba desde siempre. Además, me sentí reconocido profesionalmente, y me sentí de veras feliz por primera vez en mi vida. Y cuando me di cuenta de ello, de lo bien que me iba en la vida, pensé que todo aquello se lo debía a esa mujer. A su muerte, a su sacrificio. Era una deuda enorme que yo nunca podría pagar, y que ni siquiera podría agradecerle. Esto me provocaba un sufrimiento enorme, mucho mayor que todo el que había sentido antes.

»Después fue incluso peor. El trabajo no solo me aportaba dinero, sino que de él vino todo lo mejor que me sucedió después. Mi mujer, sin ir más lejos. La conocí porque me enviaron aquí a cerrar un negocio, y unos meses después pedí el traslado. Tenemos dos hijos, todo nos va bien. Y todo lo bueno que me sucede no sería posible si aquel día hubiera ayudado a esa mujer. No habría llegado a esa entrevista,

no tendría este empleo. ¿Entiende lo difícil que es para mí cargar con ese peso?

—Entiendo.

—Mi felicidad nace de la muerte de esa mujer, o al menos yo me he convencido de ello.

—No lo piense así, no se haga más daño del necesario. Entonces, ¿usted no es de aquí?

—No, qué va, aunque ya llevo muchos años. Soy de Pamplona.

—¿Perdón?

—De Pamplona, y allí fue donde sucedió todo esto que le cuento.

La psicóloga guarda silencio durante unos segundos.

—¿Recuerda la fecha exacta?

—Claro, no podría olvidarla. El 8 de septiembre de 2002.

La mujer respira profundamente.

—Junto a una tienda de electrodomésticos, me había dicho.

—Eso es.

La psicóloga comienza a llorar y él se queda en silencio. Luego ella le coge las manos, pero de inmediato las retira, como si le produjera rechazo.

—Yo tuve un accidente ese mismo día —dice con dificultad—. Lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento es el panel de una tienda de electrodomésticos. Vivía en Pamplona en aquel entonces.

Él no dice nada, traga saliva.

—Estuve en coma una semana, tardé meses en volver a recordar. Por suerte no me dejó secuelas.

El silencio es ahora más largo.

—Hacía tiempo que no pensaba en ello.

Ella lo mira y se queda esperando algún gesto de sorpresa que sin embargo no llega.

—Ahora mismo no sé qué más decirle o cómo procesar esto que me acaba de contar, pero creo que yo soy esa mujer a la que usted no socorrió hace quince años. No se culpe más, estoy viva. Pero entienda que no quiera seguir hablando con usted. Si me hace el favor —dice señalando la puerta—. No le cobraré la sesión, no se preocupe.

—No me entiende, doctora —responde él sin moverse.

—¿Qué tengo que entender?

—Yo sé que usted es esa mujer. La encontré, por eso he venido a su consulta.

—¿Y qué quiere ahora?

—Lo ve, no me entiende. Se lo he dicho, llevo todos estos años convencido de que toda mi felicidad y mi buena fortuna dependen de su muerte. Y no quiero perderlas ahora —dice mientras se abre la chaqueta y lleva su mano hacia el interior.

¿Qué tal el día?

Delante de mi colegio había una plazoleta, y allí mi madre me esperaba cada tarde. Nunca demasiado cerca, no en las primeras filas, sino algo más atrás. Luego aprendí que era tímida e incluso aquel pequeño protagonismo le resultaba incómodo.

Yo salía con mi cartera al hombro, de la mano de la maestra en mis primeros años. Salté un curso y era el más pequeño de la clase, así que me daban aquel trato de favor y me acompañaban más allá de la puerta del colegio.

—¿Qué tal el día? —me preguntaba mi madre.

Yo le respondía con alguna exclamación, porque siempre disfrutaba de las clases y los amigos, y me emocionaba al contarlo. La profesora le decía a mi madre que yo había sido muy bueno, se despedían, y luego de camino a casa yo le daba los detalles que a mí más me interesaban.

Recuerdo la imagen de aquel grupo de padres y madres esperando en la plazoleta. Todos con ese aspecto tan mayor de adultos, algunos a solas, otros charlando. La manera en que con sus ojos buscaban cada cual a su hijo, lo fácil que era adivinar quién lo había localizado ya.

Va a ser la hora y hoy soy yo quien espera. Somos un grupo variopinto de hombres y mujeres que charlan o guardan silencio. Esperamos dentro, en la entrada. Mejor, porque fuera hace frío. Miramos para ver si reconocemos el andar o el rostro familiar, e involuntariamente sonreímos a veces cuando eso sucede.

La veo llegar. Viene con una mujer que también sonríe.

—¿Qué tal el día? —pregunto yo devolviéndole la sonrisa.

—Se ha portado muy bien —dice la mujer.

Luego nos despedimos, hasta mañana, buena tarde, y mientras caminamos de la mano yo le vuelvo a preguntar como si quisiera que ahora fuese ella quien me contara la jornada.

Mi madre me mira, no dice nada, no me reconoce, y yo la llevo hasta el coche para volver a casa.

Donde estuvimos

El cartel de «Se alquila» apareció en el balcón de tu casa algunos meses después. Tardé una semana en decidirme a llamar y concertar una cita, hasta que me convencí a mí misma de que aquello tenía sentido. La visita me la hizo una mujer joven, podría tener tu edad, que hablaba con desgana.

No lo sentí vacío. Estaba casi igual que como lo recordaba, tan solo algo falto de presencia. Apenas pusiste adornos en su día, ocupaste la casa tal cual estaba y te pareció bien, y por eso ahora no había mucha diferencia salvo tu falta.

La mujer me mostró los cuartos, la cocina, el baño, pero no abrió ni armarios ni cajones, y yo imaginaba que dentro seguían estando aún tus cosas. Con esa fantasía, era fácil creer que seguías allí. Disimulé mi emoción lo mejor que pude e hice un par de preguntas para aparentar que el piso me gustaba y tenía un interés genuino en él.

La mujer atendió una llamada y me dejó deambular. En la cocina, abrí un cajón y vi que estaban allí todos los cubiertos. Te recordé preparando la cena, como aquella última vez que nos invitaste. En un arrebato que no acerté a comprender, me metí una cuchara sopera en el bolsillo y me la llevé conmigo.

Luego el cartel desapareció y el piso lo ocupó una pareja. De tanto pasar por delante y mirar, acabé deduciendo quiénes eran. Memoricé sus caras y me los encontraba a veces al pasear por el centro. Les tuve una antipatía feroz. La luz de la habitación estaba encendida muchas noches, y no podía evitar quedarme mirándola al pasar por delante.

Tu padre se enfada conmigo si sabe que voy por allí. Me dice que ya es hora de olvidar, que esto no es sano. Yo le doy la razón, no pretendo que me entienda. Le pongo en la mesa la cuchara que robé de tu casa y a veces preparo esa sopa que tanto te gustaba cuando eras niño.

Gafas

Ella no me vio, fui yo quien la reconocí. Llevaba años sin verla, desde aquella reunión de antiguos alumnos. Miraba una fotografía y yo estaba al otro lado de la sala, pero incluso a esa distancia me di cuenta de que era ella. El pelo, la manera de moverse, cómo olvidarlo. Pensé que en otro tiempo ella no habría ido a algo así, una exposición de fotografía, y que solo era yo quien tenía interés por esa clase de cosas. Si alguna vez fuimos juntos a un evento similar fue porque yo lo quise y ella me acompañó. En general, nuestros planes de entonces eran diferentes. Me gustó pensar en aquello.

Me acerqué disimuladamente para verla mejor. Luego la saludaría, por supuesto, pero ahora quería curiosear un poco y mirarla sin ser visto. A diferencia de mí, no estaba sola. A su lado había un hombre con el que no hablaba, pero que no era difícil adivinar que iba con ella. Lo primero que pensé fue que no era en absoluto su tipo.

Era un día algo nublado, y en el interior de la galería entraba poca luz. La iluminación era muy débil, casi no se apreciaban bien los detalles de las fotografías. Pensé que no era un acierto por parte de la organización, aunque quizás fuera intencionado. A pesar de eso, ella llevaba unas gafas de sol muy grandes, y no se las había quitado al entrar. Me pareció raro, era la única persona que llevaba gafas de sol allí dentro.

Habló algo con el hombre que la acompañaba. Pocas palabras, y de una manera muy inexpresiva. Él le respondió de un modo parecido, y apenas se miraron. Se diría que no se encontraban cómodos el uno junto al otro, o al menos con pocas ganas de comunicarse. Quizás enfadados. Eso explicaría lo de las gafas, me dije, porque ella habría llorado y ahora querría ocultar los ojos enrojecidos o el maquillaje desfigurado. Me dio tristeza pensarlo.

Se fue a ver otra fotografía, esta mucho más grande, en el área central de la exposición. Yo me moví hacia otro lado para que no pudiera verme, no quería todavía hablar con ella, sino seguir en este juego de espionaje un poco más. Su acompañante no la siguió, se quedó en la fotografía anterior, aunque ya no parecía tener interés en mirar.

La observé durante un minuto mientras me venían recuerdos agradables del tiempo que habíamos pasado juntos. Estaría bien tener una conversación como la de aquella última vez, y quizás intentar vernos después en algún que otro

momento, por qué no. Sin ningún interés más allá de eso, obviamente, lo pasado pasado está.

Ahora el hombre vino hasta ella y le dijo algo a lo que reaccionó con mala cara. Vi cómo la agarraba de la muñeca y ella intentaba zafarse discretamente pero sin lograrlo. La escena me pareció muy desagradable, y se me ocurrió pensar que aquello también podría explicar lo de las gafas. Quizás no hubiera llorado y lo que en realidad buscaba tapar con ellas fuera algún golpe, algún moratón en algún ojo.

Él soltó por fin la muñeca de ella, los dos disimularon mirando al cuadro con desgana, y entonces me pareció que era el momento de acercarme.

—Hola —le dije sin más, sonriendo y con el tono más amable del que era capaz.

Al mismo tiempo, le dirigí a él una mirada de rechazo. Los dos se me quedaron mirando.

—Hola —dijo ella.

En su voz no había emoción ninguna, era una voz aséptica, casi fría. Era evidente que yo no llegaba en el mejor momento.

—Cuánto tiempo, ¿no?

—¿Disculpa? —dijo ella.

Al decir eso, se subió las gafas y las puso a modo de diadema, y pude entonces verle los ojos. Eran unos ojos de un azul clarísimo, casi blancos, y algo estrábicos. Creo que no había visto antes unos ojos así. Su mirada era completamente

distinta a la que yo esperaba, y su rostro ahora no se parecía en nada al de la persona que yo había creído reconocer.

Detrás de ella vi la fotografía que ellos estaban observando en ese momento: el desnudo de una mujer que mira a cámara con unos ojos azules muy claros, luminosos, levemente desviados.

Fruta

Entre otros árboles, mi mujer plantó un ciruelo a la entrada del jardín que pronto comenzó a dar unas ciruelas muy dulces. Las recolectaba con mimo y juntos las comíamos, y conforme aquello se convertía en una especie de ritual, ella fue encariñándose con el árbol, al que cuidaba más que a ningún otro. Como el ciruelo alcanzó un porte considerable y daba más fruta de la que podíamos consumir, empezó a hacer mermelada con las ciruelas. Descubrió en ello una actividad que le ilusionaba, y su aprecio por el ciruelo se hizo así aún mayor.

No he sido capaz de recolectar ni una sola ciruela desde que ella murió. Ahora la dejo madurar en el árbol y caer luego al suelo, donde la veo pudrirse. No me molesto ni siquiera en quitarla de ahí.

Nuestro jardín es abierto y no tiene una valla, y el ciruelo está muy cerca de la calle, de tal manera que alguien que

pase puede coger unas ciruelas sin penetrar apenas en la propiedad. Alguna vez he visto a gente que se acerca y coge un par de ellas de una rama, quizás convencidos al ver la gran cantidad de fruta abandonada al pie del árbol de que el propietario no tiene interés en ella. Esto me provoca una rabia inmensa, y de inmediato salgo gritando e insultando a quien se atreva a hacerlo. Me toman por un loco egoísta, pero no me importa.

—Pero si usted no las va a recoger, si están ya la mitad en el suelo —me reprochan a veces.

Esto me irrita tanto que muchas veces entro en casa, agarro un bastón que tengo cerca de la puerta y vuelvo a salir más amenazante aún. Después suelo arrepentirme, pero en el momento soy incapaz de tolerar algo así.

Una vez una mujer llamó a la puerta y me preguntó si podía llevarse algunas ciruelas, siendo que era evidente que yo no iba a hacerlo. Su buena educación me resultó, sin embargo, más insultante aún. En lugar de hacerlo de manera subrepticia, tenía la desfachatez de preguntarme si le daba permiso para hacer algo que ofendía el recuerdo de mi mujer. Por supuesto, ella no sabía nada de aquello, pero no pude sino echarla de mi casa de muy malas maneras.

A veces, cuando veo que el árbol ya está bien cargado, me acerco y lo agito con todas mis fuerzas hasta dejarlo casi sin fruta. Incluso pisoteo las ciruelas que caen, para que así nadie pueda comerlas. El olor dulzón de la fruta descompo-

niéndose me provoca placer, una especie de sentimiento de labor bien llevada a término.

He pensado a veces en cortar el árbol. Si no lo hago no es porque crea que así faltaría el respeto a la memoria de mi mujer, sino porque me privaría de este placer que ahora tengo y que me mantiene unido a ella. Disfruto al ver las ciruelas malograrse, al pensar que el árbol sigue entregándole sus frutos como si ella estuviera aquí pero nadie viene a recogerlos. Confirmar que no le pertenecen a nadie más.

Tratado sobre la paciencia

Sabía que los viejos no tenían la culpa, por supuesto que no, porque cómo iban a saber nada de lo suyo, del divorcio, de lo que ahora se le venía encima.

Sabía que los viejos no tenían la culpa, aunque quizás podrían haberle dejado pasar en lugar de comenzar a sacar todo el carro sobre la cinta. A fin de cuentas, era evidente que él no llevaba más que un par de cosas, ni siquiera una cesta, solo una compra rápida, porque ahora ya era todo lo que necesitaba, no más.

Sabía que los viejos no tenían la culpa, pero qué desesperante era esa lentitud, la verdad es que podrían darse algo más de prisa y no intentar colocar cada producto con esa parsimonia, y además seguro que no tenían nada más que hacer, pero él sí, él quería aprovechar su tiempo en algo mejor que esperar en la caja de un supermercado.

Sabía que los viejos no tenían la culpa, pero por qué estaban ahora metiendo todo en las bolsas en lugar de pagar, cuando uno de ellos podía pagar primero y así la cajera podría luego ir atendiendo al siguiente cliente, es decir, a él, y todo sería más eficaz. Y además, con qué tranquilidad lo hacían, qué poca consideración, vamos, por favor, que estáis bloqueando la caja, esto es desquiciante.

Sabía que los viejos no tenían la culpa, pero esto ya era colmo, ahora él sacaba las monedas y las contaba una por una, y luego los vales de descuento, quién usa ya esas cosas, más tiempo que perder, por qué no me he puesto en otra fila. Y esa música ridícula, y esos anuncios, qué tortura.

Sabía que los viejos no tenían la culpa, pero ya no aguantaba más, tenía que decirles algo, y eso hizo, les gritó, les habló de mala manera para que se dieran más prisa, y él miró, y ella miró, y todos miraron, y él puso un gesto altivo, y lo suyo no importaba, no era por eso que estaba irritado, esta escena le habría hecho enfadar de cualquier modo, vaya pérdida de tiempo.

Sabía que los viejos no tenían la culpa, pero ni siquiera le respondieron, acaso se creían superiores. Y a qué venía esa mirada entre sí, cariñosa, qué ridículos, anda, marchaos ya y dejad de molestar, hoy está claro que no es mi día.

Sabía que los viejos no tenían la culpa, pero ahora estaba allí solo, llegado ya su turno, y vio cómo se alejaban como si nada hubiera ocurrido, y él no dejaba de pensar en su futuro, en los niños, a ver cómo arreglaba aquello, y al llevarse

la mano al bolsillo se dio cuenta de que no encontraba su cartera.

Dádiva

Los dos hombres se sentaron en una mesa del café. Toulorge tenía unos cincuenta años, aparentaba quizás alguno menos. Zaamil era algo más joven, con el gesto más expresivo.

Toulorge conocía aquel lugar desde hacía décadas. Su padre lo llevaba de niño a desayunar allí algunos domingos, y luego él mismo empezó a frecuentarlo. Había vivido siempre en ese barrio. Zaamil llevaba poco más de un par de años en el país, al que había llegado huyendo de la guerra.

Los dos hombres habían encontrado una compañía agradable en el otro. Hablaban lo justo, compartían las tardes con una suerte de modestia reconfortante. Zaamil tenía amistades entre los compatriotas que vivían en aquella zona de la ciudad, pero encontraba en Toulorge su punto de contacto más cercano con el lugar y sus gentes.

A través de la ventana del café vieron un niño que jugaba con una peonza.

—A mí de niño se me daba bien la peonza —comentó Toulorge—. Sabía incluso hacer algunos trucos.

Zaamil contó que también él jugaba de niño a la peonza, y que la conservó y después la utilizó su hijo. Añadió que no sabía dónde estaría ahora, y después habló de otros juguetes suyos y de cómo se habían perdido, en su casa o en la escuela, ambas hoy destruidas.

Notaba que Toulorge recibía esa clase de relatos con silencio, sin saber muy bien qué decir. Toulorge mientras tanto pensaba en lo ridículo e intrascendente que había sido su propio comentario, y en que su vida carecía por completo de interés.

—La peonza que yo tenía también era de mi padre. Tampoco sé dónde andará.

Zaamil no dijo nada y bebió un trago.

Toulorge lo miró y, por un momento, sintió envidia. Le gustaría poder contar cosas así, que su vida tuviera episodios algo más intensos. De inmediato se sintió frívolo, se dijo que era horrible pensar de esa manera.

Llegó la hora de irse y Toulorge buscó con la mirada al camarero. Zaamil hizo amago de sacar su cartera, pero el amigo se lo impidió.

—No, por favor —dijo Toulorge.

Zaamil se encogió de hombros y aceptó mientras agradecía la invitación. Generoso, concedió a Toulorge el disfrute de esa pequeña emoción.

Devolver al remitente

Las cartas, por desgracia, se perdieron. Se las enviaba mi padre a mi madre cuando tenía que desplazarse por asuntos de trabajo, al inicio de su vida en común. De vez en cuando, se veía obligado a pasar uno o dos meses en otras partes del país, y enviaba entonces largas parrafadas romanticonas, es de suponer que por combatir así la melancolía y la soledad de esas estancias.

En el último de aquellos periodos, mi padre había comprado un pequeño librillo de sellos que resultó tener un defecto, uno de esos errores caprichosos que tanta pasión despiertan entre los coleccionistas. Utilizó todos salvo uno, que al quedar en su estado original vino a convertirse en un ejemplar de extrema rareza, y de esta manera adquirió un valor enorme. Mi padre no lo supo hasta tiempo después, de casualidad, y al descubrirlo él y mi madre convinieron casi de inmediato que no venderían nunca ese sello. Aunque

nuestra vida fue siempre humilde, se mantuvieron fieles a su promesa y jamás consideraron la posibilidad de capitalizar la estampilla.

El sello pasó a mis manos cuando mis padres fallecieron, y aunque mi economía también ha sido siempre muy justa, decidí que lo conservaría conmigo y no haría negocio ninguno. A diferencia de mis padres, yo no escribí apenas cartas de amor y, salvo alguna relación esporádica, no tuve pareja estable ni compartí con nadie mi vida.

En alguna que otra ocasión, recibí propuestas para comprar el sello por parte de aficionados a la filatelia, a cambio de sumas que nunca dejaban de sorprenderme. Al parecer, en esos círculos era conocida desde hacía tiempo la existencia del sello, así como la reticencia de mis padres a venderlo, pero se desconocía que yo tenía convicciones igual de firmes al respecto.

En el tiempo en que trabajé como carpintero, pues esa fue mi principal ocupación, tomé como aprendiz a un hombre más joven que yo que acabaría por seguir a mi lado muchos años, y a quien traspasé el negocio una vez llegó mi jubilación. En este tiempo, nos hicimos muy cercanos, y cuando tuvo su primer hijo me pidió que yo fuera su padrino. Desarrollé una relación también estrecha con él, que desde entonces me consideró una especie de familiar, y me confiaba de vez en cuando asuntos personales que quizás prefería tratar conmigo en lugar de con sus padres.

Siendo yo ya un viejo y él un adolescente casi adulto, vino de visita a mi casa un día a compartir conmigo un asunto de amores. Con el orgullo de esas edades ante los primeros romances, venía a contarme acerca de una chica a la que había conocido en verano, y a la que ahora no podía ver por vivir ella lejos.

—Mándale una carta. Una carta de amor —se me ocurrió sugerirle.

Me miró sorprendido. No entendía el propósito de aquello, siendo que a pesar de la distancia podían mandarse ya mensajes instantáneos con sus teléfonos. Pero la idea debió cautivarle, y un par de días después volvió a visitarme y traía ya una carta escrita y metida en un sobre. No tenía intención de dejármela leer, claro está, pero quería que supiera que había seguido mi consejo. Solo le faltaba ir a la oficina de Correos a franquearla.

—Espera un momento —le dije.

Fui entonces a buscar el sello de mis padres, que guardaba escondido en una cajita metálica al fondo de un armario, y sentí al hacerlo una emoción inesperada. Le propuse que usara mi sello.

El muchacho lo miró y luego me miró a mí como con compasión.

—Este sello tan viejo no creo que valga —dijo riéndose.

Era cierto. El sello ya no servía para enviar ninguna carta.

Despedí a mi ahijado de una manera un tanto brusca y guardé aquel sello inútil en la caja.

Otro

El autobús iba vacío a aquella hora. Advertí una tarjeta tirada en el suelo, en el asiento delante del mío, y me agaché a recogerla. Era un carnet de identidad. Al darle la vuelta y ver la parte delantera me encontré con la fotografía de un hombre que era idéntico a mí. Se llamaba Miguel Nogales. Su firma era un garabato que me pareció ridículo, casi infantil. La dirección que figuraba estaba al otro lado de la ciudad, en un barrio de clase alta muy distinto del mío. Miré alrededor, pero no vi a nadie que pudiera ser el dueño de ese carnet. Me lo guardé en el bolsillo y continué hasta mi parada.

Mi primera idea fue entregarlo en una comisaría. Era una buena acción, y además no me exigía apenas esfuerzo. Sin embargo, empecé pronto a ver las posibilidades que podría tener para mí el disponer de aquella simple tarjeta, con la que podía procurarme una nueva identidad sin más que llevarla conmigo.

El carnet estuvo en mi cartera durante una semana, sin que me decidiera a entregarlo a su dueño. Me di cuenta de que no quería devolverlo, y resolví entonces quedarme con él. A partir de ese momento, fui elaborando en mi cabeza planes cada vez más intrincados para desarrollar todo su potencial. Me entretenía fantaseando con lo que ahora podría conseguir sin más que hacerme pasar por otra persona y poder corroborar esa identidad alternativa. Llegado el momento, la teoría me resultó insuficiente y quise poner todo ello en práctica.

Al principio no eran más que cosas simples, sin riesgo, más que nada por comprobar que todas mis ideas podían llevarse a cabo tal y como las había imaginado. Por ejemplo, me acercaba a algún lugar frecuentado por algunos de mis conocidos y, cuando me reconocían, negaba ser yo mismo.

—Venga, estás de broma, que no cuela.

Y yo me mantenía muy serio e insistía en que me confundían con otra persona, y después de dejarles creer por un momento que estaba bromeando, sacaba mi carnet para demostrar mis palabras. No era más que un pasatiempo inocente.

Estaba en el supermercado y llevaba solo un par de productos. Vi que había demasiada gente en la fila, y entonces se me ocurrió que podía esconder mi compra y salir disimulando como si no llevara nada. A fin de cuentas, si me cogían no sería yo quien tuviera que pagar las consecuencias. Sentí un placer intenso al verme ya fuera del supermercado.

Además de algunos hurtos similares, entré sin pagar en un par de museos y me subí a varios transportes públicos sin llevar billete. Nunca fui descubierto, pero la emoción por el riesgo que aquello implicaba se combinaba con la sensación de absoluta impunidad que sentía al llevar en mi bolsillo aquel carnet. No era yo quien estaba allí, sino otra persona.

Una tarde, reservé una habitación de hotel a nombre de Miguel Nogales en el otro extremo de la ciudad. Luego fui hasta allí y mostré el carnet al presentarme en la recepción, y desde la habitación llamé para contratar los servicios de una señorita de compañía. Cumplí así una fantasía prohibida con el convencimiento de que no tenía nada que temer, de que no había manera en la que mi mujer o alguna de mis amistades pudiera descubrir aquello, porque incluso si así sucedía, yo tenía una vía de escape infalible para negarlo.

La chica, acostumbrada tal vez a que sus clientes prefirieran el anonimato, se sorprendió cuando le formulé una petición: que me llamara por mi nombre, Miguel, mientras me ofrecía sus servicios.

En los días que siguieron, se fue adueñando de mí un deseo de probar nuevas acciones e intentar llevar al límite lo que podría conseguir sin comprometer a mi persona real. Pensaba en ello sin descanso y, cada vez con más frecuencia, ejecutaba con placer buena parte de mis imaginaciones.

Una discusión con un desconocido me descubrió hasta qué punto aquella identidad alternativa se instalaba en mí. Me comporté de una manera más agresiva, lo insulté sin

reprimirme. Sentí llevar una máscara que me ocultaba. La otra persona reaccionó de manera violenta y estuvimos a punto de llegar a las manos.

Esto último me hizo pensar en una nueva dirección. Yo nunca he sido una persona violenta, más bien al contrario, pero la posibilidad de hacer daño a alguien de pronto me pareció atractiva. En esa especie de falso anonimato que me permitía el carnet ajeno, mis valores parecían alterarse. Tuve que reprimirme para no llevar a cabo alguna acción de esta clase, a pesar de que planifiqué cuidadosamente algunas de ellas y tenía la absoluta seguridad de poder salir impune de todas.

No dejaba de pensar en el carnet y en la persona de Miguel Nogales. Cuando salía de casa, estaba por completo metido en ese papel. Si escuchaba a alguien gritar el nombre de Miguel, yo me giraba instintivamente como si fuera a mí a quien llamara.

Me dije que tenía que conocer al verdadero Miguel Nogales. No lo pensé mucho, cogí mi coche y fui a la dirección que había en el carnet. En realidad, ni siquiera tuve que mirarlo, porque después de todo este tiempo ya la había memorizado sin querer. Aparqué a un par de manzanas de allí, caminé hasta el edificio y esperé en la puerta. Era pronto, suponía que él saldría para el trabajo en algún momento de la mañana. Así fue. Un hombre casi igual a mí, no solo en su rostro sino también en su cuerpo, su manera de andar y su estilo de vestimenta, salió del portal algo más tarde de las nueve. Lo

seguí a una distancia prudencial solo por deleitarme en ver nuestro parecido y pensar en todo lo que yo estaba haciendo en su nombre y él desconocía.

Después de caminar tras él, y sabiendo que ya estábamos lejos, di media vuelta y volví sobre mis pasos. Tenía la intuición de que había alguien en su casa, quizás su mujer, algún hijo tal vez, y de pronto me obsesionó la posibilidad de probar a suplantarlo en su propio hogar. Era una idea descabellada, lo sé.

El portal estaba abierto. Subí por la escalera en lugar de coger el ascensor, y después llamé a la puerta mientras pensaba en lo que iba a decir.

Pero cuando la puerta se abrió, delante de mí vi a Miguel Nogales, o al menos a un hombre igual tanto a él como a mí, que me recibió sin ninguna sorpresa y me sonrió.

—Hola, Alberto, te estábamos esperando. Pasa, por favor —me dijo.

Acordeón

Al mediodía, unos hombres anunciaron el concierto gritando a voz en cuello por las calles del pueblo. Sería al día siguiente al caer el sol, en una explanada en las afueras. Un gran espectáculo musical, según proclamaban. En el pueblo apenas sucedían cosas como aquella, y el anuncio trajo una ilusión rara vez vista allí.

Maximino no recordaba la última vez que había disfrutado de un concierto de esa clase. Él no era especialmente aficionado a la música, pero recordaba a su padre, quien muchos años atrás tocaba el acordeón algunas tardes. Luego vinieron años duros y se vio obligado a vender el instrumento, y Maximino no volvió a escuchar más esas melodías que todavía hoy podía recordar de memoria. Hacía ya años que su padre había fallecido.

Maximino se vistió con un traje de paño que guardaba para los momentos escogidos, y con pulso débil lustró su

único par de zapatos. Cuando llegó la noche, fue hacia la explanada para escuchar la música.

Los músicos habían llegado algo antes de la hora anunciada, y mientras se congregaban los primeros vecinos, habían instalado un escenario improvisado hecho de tablones. Eran tres, con un acordeón, un clarinete y unos tambores. Alrededor de ellos se instalaron algunas sillas, e incluso se trajo de una casa cercana una mesa y sobre ella se puso comida y bebida.

La música fue recibida como todo un acontecimiento, y allí estaba la mayoría del pueblo bailando y canturreando. Compartieron la comida y la bebida, olvidaron todo durante un par de horas. Maximino rechazó la invitación al baile de la señora Pilar, en parte porque era un bailarín muy torpe y no tenía interés en ello, pero también porque quería prestar atención a esas melodías maravillosas y escuchar nota por nota. Muy cerca del escenario, miraba embelesado la actuación sin perder detalle.

Al terminar, los músicos pasaron un sombrero en el que los vecinos dejaron lo que creyeron conveniente. No fue mucho, eran todos gente humilde, y algunos sintieron que no era suficiente para compensar el buen rato que habían pasado.

Fue a partir de la mañana siguiente que empezaron a darse cuenta de las faltas y a intuir la confabulación. El concierto no había sido sino una distracción para que alguien, un compinche de los artistas, entrara en sus casas en mitad de

la noche y se llevara las pocas piezas de valor que cada cual guardaba. La noticia de los robos corrió tan rápido como lo había hecho el anuncio del concierto. Se comentaba con rabia en la puerta de cada casa, y cada vecino enumeraba sus pérdidas entre el arrepentimiento y el desprecio.

Maximino echó a faltar unos billetes que guardaba en la cocina, una pulsera de oro que compró de joven y apenas ya usaba, y una navaja de cachas plateadas que un amigo le trajo tiempo atrás de algún lugar lejano. Era todo lo valioso que tenía en su casa.

Maximino se echó a llorar, pero no maldijo, no se desahogó con los demás vecinos ni juró que encontraría a esos músicos ladrones para ajustar cuentas. En su cabeza seguían sonando esas melodías mágicas, el sonido del acordeón, el ruidito musical de los dedos sobre los botones, el aliento vivo del fuelle, tal y como lo escuchaba de su padre décadas atrás. Se apenaba de haber perdido esos ahorros y esos objetos, pero no consideró que aquello fuera un robo, sino el justo pago por un recuerdo.

Gancho de izquierda

El espectador promedio suele asomarse por mera curiosidad al ver el tumulto. Se acerca y espera encontrarse algún artista callejero o un accidente alrededor del que se congrega la gente por simple morbo, pero no una pelea de dos hombres a puño limpio. Sin embargo, se queda allí viendo cómo se desarrolla la refriega, no sabe cuánto tiempo va a estar, supone que será algo breve, porque el impulso inicial es resistir el propio deseo de presenciar algo así.

El espectador promedio no se pregunta la razón detrás del conflicto. Toma para sí partido inconscientemente, quizás por el púgil que parece en desventaja, o el de rostro más amigable, pero no se molesta en dilucidar quién tiene razón, quién cometió la afrenta que inició aquella disputa, de qué lado sería más justo estar. Por supuesto, tampoco se le pasa por la cabeza detenerles.

Según pasan los minutos, el espectador promedio va reforzando su preferencia y sufre cuando su luchador predilecto encaja un golpe, o se alegra cuando es él quien le acierta al contrario. Sigue sin plantearse el porqué de esa querencia, de la misma manera que uno no necesita saber por qué ha venido apoyando desde niño a un equipo de fútbol, acaso intuyendo que descubrir algo así le restaría emoción al asunto.

Es entonces cuando los contendientes, sin mediar aviso, sin que uno sepa bien cómo han hecho para ponerse de acuerdo en mitad de los golpes, se detienen al unísono, sacan cada cual del bolsillo un pequeño saquito, y se pasean por la concurrencia reclamando unas monedas a cambio del espectáculo que acaban de brindar. No dicen nada, dan a entender que quizás la rabia y el rencor que había tras cada puñetazo y cada empujón eran verdaderos, aunque no corresponde al público saber los detalles de aquello, y que la pelea, sin embargo, no fue más que un teatro.

Hay quien se ríe y aplaude. Hay quien se indigna y protesta, a lo mejor lanza un desaire o un abucheo. Pero el espectador promedio, confrontado con la realidad de lo que acaba de sentir, puesto ante la verdad su propio interior, se busca rápido una moneda en el bolsillo. Él, que nunca tuvo interés por ir a una velada de boxeo o ningún evento similar, que incluso considera que aquellos son entretenimientos bárbaros, ha sucumbido al espectáculo del odio espontáneo, de la rabia, de la violencia natural y humana, y deja el dinero como

por así purgar la culpa que le acecha o comprar el silencio de los que le han visto seguir con atención el combate.

Inmediatamente, se aleja de allí avergonzado mientras los peleadores se toman un descanso antes de ofrecer un nuevo pase de su función.

Confesión

Quién no ha recibido alguna vez una llamada equivocada. Uno descuelga el teléfono y al otro lado hay alguien que se confundió al marcar un dígito y esperaba hablar con otra persona. Dos desconocidos se comunican durante unos pocos segundos para deshacer el malentendido, y el mundo sigue su curso sin alteración ninguna.

Más extraño es cuando esta clase de equívocos los sufre uno con exagerada frecuencia, y no solo por vía telefónica, sino por cualquier otro canal de comunicación. Y ese vino a ser, al parecer, mi curioso poder desde hace años: el de comportarme como un imán que atrajera hacia sí todos los desatinos referentes a señas de cualquier tipo.

La casuística era variadísima. A veces se trataba solo de una cifra incorrecta, o bien un carácter mal tecleado en una dirección de email. Otras, la similitud entre la coordenada

buscada y la mía era casi inexistente, y ni yo ni la otra persona acertábamos a saber cómo había podido suceder algo así.

El contenido de esas comunicaciones que me llegaban por error también era de lo más variopinto. Mensajes irrelevantes, amenazas, declaraciones de amor, propuestas diversas, paquetes de toda clase y tamaño.

Cada semana recibía al menos un envío o llamada para la cual yo no era su legítimo destinatario.

Al principio, me limitaba a hacer saber su error a la otra persona. Si era una llamada, se lo comunicaba directamente; si se trataba de una carta o un correo electrónico, me tomaba la molestia de devolver otra misiva avisando de la equivocación. Con el tiempo, según iba viendo lo extrañamente habituales que eran estos deslices, comencé a cambiar mi proceder, y las aceptaba como si fuera yo el verdadero destinatario. Primero, solo con aquellas en las que mi persona pareciera encajar, pero más adelante también con las que me resultaban anodinas o incluso podrían buscarme algún que otro problema. E incluso si parecía improbable que pudiera hacerme pasar por el destinatario original, tomaba su lugar y participaba a partir de ese punto.

Supongo que todo esto se precipitó cuando recibí aquellos mensajes bastante atrevidos de una mujer a la que no conocía. Me quedé azorado, pero decidí seguirle el juego. La conversación subió de tono, y al cabo de un rato ella me propuso quedar «donde siempre». Fue entonces cuando tuve que revelar mi engaño, pero ella, tras la indignación inicial,

dijo que aun así deberíamos encontrarnos y ver qué sucedía. No voy a contarle lo que ocurrió después, pero podrá imaginarlo.

En mi casa atesoro objetos de lo más extravagante obtenidos de esta manera, y las conversaciones y relaciones más intensas que he disfrutado en mi vida han arrancado así, con una llamada o mensaje que no era para mí.

Llegó un momento en el que acabé por agotarme. Me vi sobrepasado por la cantidad de llamadas, mensajes y cartas que recibía, y sobre todo por el esfuerzo que me era necesario para mantener un número igual de imposturas. Después de mucho pensarlo, me decidí a cambiar de teléfono, mudarme a otra casa y obtener una nueva dirección de correo electrónico. No estaba siquiera seguro de que aquello fuera a funcionar; temía que lo mío fuese una maldición asociada a mi persona y no a esos datos, y que me persiguiera aunque cambiara estos. Pero no fue así, y desde ese momento dejé de recibir comunicaciones que no me correspondían.

El efecto no fue como yo lo esperaba. En lugar de ser un alivio, esta nueva situación se asemejaba más a una tortura. Mi vida se convirtió en algo deprimente e insulso. Mi teléfono apenas sonaba, mi buzón estaba vacío la mayor parte del tiempo, y desde entonces añoro cada día el poder vivir todas esas otras vidas, usurpar su lugar a través de la puerta que me abre una dirección mal indicada o un número marcado con dedos torpes. No tuve más remedio que buscarme una alternativa para devolverle el interés a mis días, y si ahora

el azar ya no me daba esas oportunidades, decidí que entonces sería yo quien las buscaría. Fue así que comencé a abrir buzones ajenos y tomar de ellos lo que encontraba, por ver si de esta manera recuperaba parte de lo que entonces había tenido. Y uno de esos, como usted sabe, era el suyo.

Eso es todo lo que le puedo decir. De veras que no sabía lo que había en ese paquete, lo cogí como uno más. No he llegado a abrirlo, puede llevárselo y yo no diré nada. No me haga daño, por favor, le prometo que no volveré a mirar en ese buzón nunca más. Yo no quiero problemas, créame.

A largo plazo

Confieso que hubo un tiempo en que me interesé por la tortura. La estudié con dedicación, me adentré en modalidades de las que una persona común nunca oye hablar. Es un mundo inmenso, riquísimo. A falta del estigma moral de nuestros tiempos, los hombres de otras épocas investigaron sin descanso ni pudor ninguno un sinnúmero de formas de causar dolor y que este fuera lo más atroz posible.

Lo sé, como digo, porque yo mismo me documenté a este respecto. En especial, después de aquella tarde a la salida del colegio y del encuentro con aquellos muchachos, a los que tras ese suceso quise poder infligir un dolor infinito. Pero ese impulso no duró mucho, también yo me di cuenta de que un martirio así, puntual e intenso, incluso si me hubiera sido posible aplicarlo sobre ellos, no habría servido para consolarme. Además de una práctica inhumana, más propia de bestias que de seres civilizados, entendí que no me pro-

porcionaría la satisfacción que yo necesitaba para sentir de nuevo una cierta justicia.

Fue entonces que decidí dedicar mi tiempo y mi esfuerzo a buscar una forma más duradera de daño. Resolví estudiar cuál ha de ser la mejor manera para hacer que la vida de alguien pierda todo cuanto sea posible y quede convertida en algo miserable e insustancial, al tiempo que no la ponga en riesgo ni afecte a su duración. Transformar la totalidad del vivir en una experiencia vacía y eterna, en lugar de un horror extremo y acotado. La idea de investigar este asunto con toda la profundidad posible me entusiasmó.

Por supuesto, causar un trauma no es difícil. La tortura misma que descarté entonces, desde su modalidad más atroz hasta la más inocente, deja huellas más o menos duraderas. Pero el tiempo obra milagros y la normalidad acaba por recuperarse, o al menos la posibilidad de experimentar alguna forma de serenidad. Yo buscaba la fórmula para evitar ese regreso, para condenar a un penar perpetuo, aun si la magnitud de este no era superlativa.

Así pasé años analizando vidas arruinadas, espirales de degradación, intentos vanos de volver a disfrutar la existencia. Leí testimonios, escuché opiniones de primera mano. El estudio de estos temas se convirtió en una obsesión cada vez más absorbente. En ningún momento dejé de pensar en esos chicos y en cómo, una vez resuelto el interrogante a cuya respuesta me acercaba cada vez más, experimentarían ese abismo.

Ha pasado mucho tiempo. Aun sigo con la misma obsesión, en esa búsqueda incansable de un método que salde la deuda de esos muchachos para con mi inquina. Me doy cuenta de que no sé qué habrá sido de ellos, si podría encontrarlos o si acaso siguen con vida. Pero mi estudio ha dado sus frutos, y tras todos estos años de reflexión y análisis, creo tener una respuesta a la cuestión que entonces me planteé. Hoy puedo asegurar que nada hay tan dañino, nada destruye el deseo de vivir de una manera tan perseverante, como la sed de venganza.

El último trago

Marcelo recordaba bien aquella tarde en que su padre vino del trabajo algo alicaído y con una pequeña caja alargada de madera en las manos. Les reunió a él y a su madre en la cocina y les dijo que el señor Benavides ya no necesitaba más de sus servicios. Después de que su esposa falleciera unos meses atrás, había decidido vender el palacete en el que vivía y volverse al norte, de donde venía su familia, y ocupar una casa más pequeña que en su día heredó de su madre. El padre de Marcelo les dijo que no se preocuparan, que pronto encontraría otro trabajo.

—El señor Benavides se ha portado muy bien con nosotros —dijo, y sacó del bolsillo un sobre con dinero.

Luego abrió la caja y sacó de ella una botellita muy elegante, al parecer de un licor que el propio señor Benavides destilaba y embotellaba, y que había tenido a bien obsequiarle como agradecimiento adicional.

—Tomáosla cuando nazca tu hijo y acordaos de mí —había dicho al dársela, porque sabía que la madre de Marcelo estaba entonces embarazada.

Marcelo, sin embargo, no tuvo ningún hermano. Su madre perdió el hijo en el último mes de gestación, y el trauma fue tal que no volvió a intentarlo.

Unos meses más tarde, su padre vio la botellita de licor en la despensa y, movido por el significado que tenía, decidió que habría que beberla en otra ocasión que mereciera la pena. Pero que no sería él quien lo hiciera, sino su hijo Marcelo, algún día del mañana, cuando él mismo considerase que tal momento había llegado.

—Te la vas a quedar tú y, cuando seas mayor, te la bebes para celebrar algo especial —le dijo.

El muchacho guardó la botella con ilusión, y pensaba a veces en cuál sería ese momento en el que valdría la pena beberla tal y como le había dicho su padre. Con aquella excusa, imaginaba que su futuro habría de ser glorioso, que tendría al menos algún instante de felicidad mayúscula, aunque solo fuera por honrar aquel regalo y con él la memoria de ese hermano que no llegó a tener.

Se hizo mayor, tuvo una cierta fortuna en la vida, y a cada momento de dicha pensaba en si era ya hora de beber aquel licor.

El día de su boda estuvo a punto de beberlo, pero se dijo que quizás habría alguna razón mejor. Por ejemplo, pensó, cuando tuviera un hijo. Pero su hijo nació y se dijo que mejor

no tentar la suerte, que aún había que criarlo, y que más valdría esperar hasta que fuera adulto. Sí, aquella sería una ocasión más valiosa y digna de celebrarse de esa manera.

Su hijo creció, pero él siguió sin encontrar el momento perfecto que festejar. Siempre se le ocurría alguna posible ocasión futura que le parecía más apropiada que la presente.

Se convirtió en un anciano y se dio cuenta de que ya no vendría esa oportunidad. Había vivido ya todos sus momentos más felices, así que poco antes de morir le dio la botella al hijo y le dijo lo mismo que en su día le había dicho su padre.

—Resérvala para un momento importante, ya sabes.

El hijo se emocionó al recibir aquel legado, pero pensó que ya había dejado atrás la mayor parte de los sucesos más importantes de su vida y que quizás fuera tarde para él. Poco después, decidió darle la botella a su propia hija y transmitirle el mismo mensaje. A ella le quedaba todavía mucho por delante.

La hija, sin embargo, tuvo el mismo problema que su abuelo y nunca se decidió a abrirla, y también ella la dejó en herencia con idéntica consigna.

La botella fue así cambiando de manos, pero nadie encontraba nunca una razón definitiva para beberla. Cada vez, además, la responsabilidad era mayor. Si nadie antes la había bebido, habría que hacerlo en un momento que fuera de veras relevante. Y siempre creían que habría otro mejor en el mañana.

Generación tras generación, la botella fue pasando de unos a otros, pero nunca nadie la bebió. Saben ya que eso no sucederá. No es ahora más que un amuleto, un talismán del que han olvidado incluso su origen. La siguen heredando de padres a hijos como un pequeño tesoro, y con ella va también ese convencimiento incansable de que la vida siempre puede traer todavía algo mejor que lo que se tiene.

* * *

La muerte temprana e inesperada de su esposa llevó a Mauricio Benavides a una tristeza profunda. El duelo, no obstante, fue remitiendo y dejando paso no solo a un poco de bienestar, sino también a la ilusión por poder ahora resolver cierto cabo suelto que lo venía importunando desde tiempo atrás. Resolvió vender la propiedad y mudarse lejos de allí, ante lo cual no tuvo más opción que despedir a su plantilla completa de empleados domésticos. Convocó a todos ellos en uno de los salones de la casa, les explicó la situación, y con palabras de agradecimiento les entregó unos sobres con una generosa paga extra. A Ramón Cuevas le entregó además una caja con una pequeña botella de licor.

Años atrás, una tarde en la que el azar quiso situarle donde no debía estar, el señor Benavides había descubierto a su esposa y a Cuevas intimando más de lo debido. Aunque furioso, la idea de un conflicto con su esposa le desagradaba sobremanera, así que prefirió olvidar y disimular en lugar de

tomar represalias. El olvido, no obstante, no vino acompañado de perdón.

El señor Benavides se despidió de sus empleados y se fue lejos de allí con el convencimiento de que, al cabo de apenas unos meses, aquella pequeña botella le concedería lo que él consideraba una cierta forma de justicia. Un mes después, falleció inesperadamente al caer de su caballo.

—Tomáosla cuando nazca tu hijo y acordaos de mí —le gustaba repetirse a sí mismo, imaginando que el dulce momento de cobrar su deuda estaba ya cerca de llegar.

A los postres

—Déjalo en la cocina, querida. Muchas gracias —decía la señora Mingo a sus invitadas para que dejaran sus pasteles antes de pasar a la sala de estar.

Era ya tradición que la señora Mingo organizara todos los años una comida con sus viejas amigas. Le había ido muy bien en la vida, mucho mejor que a las demás, que ahora pertenecían a una clase social muy distinta a la suya. Apenas hablaban ya, tenían vidas diferentes, pero seguían manteniendo aquel encuentro regular. La señora Mingo se encargaba de preparar la velada, y la costumbre era que ellas llevaran tan solo algo dulce, un postre que luego poder compartir al final de la comida.

Todas intentaban llevar algo que estuviese a la altura del resto del banquete, aun si aquello les suponía un desembolso excesivo. Se presentaban con tartas muy elaboradas, pasteles elegantes y refinados, mantecados y repostería de alguna

confitería reputada. La señora González, la menos pudiente de todas ellas, era quien solía llevar el postre más humilde. Se avergonzaba de ello, sabía que las otras la miraban por encima del hombro, pero no podía permitirse nada más. Aunque este año, como algo excepcional, había decidido gastar parte de sus pocos ahorros en una tarta muy cara en una de las mejores pastelerías de la ciudad.

La tarta venía en una caja muy llamativa de color morado y letras plateadas, y ya antes de abrirla se veía que era un postre de altura. Era, de hecho, la más refinada y probablemente más costosa de todas. Por primera vez, la señora González podría mirar a las demás invitadas con condescendencia, en lugar de al contrario.

Para su satisfacción, no solo su tarta lucía más elegante que las demás, sino que pudo ver que la señora Aparicio, quien normalmente presumía de sus caros dulces (y por quien no guardaba mucha simpatía), había traído en esta ocasión una caja más modesta que otros años. Esto la hizo sentir aún mejor y la convenció de que su sacrificio económico había valido la pena.

La comida transcurrió como de costumbre, entre risas y conversaciones ligeras. La hija de la anfitriona, una chica joven muy agradable, compartía mesa con ellas y participaba de la charla. La señora González se divertía, pero en realidad estaba esperando a que llegara la hora del postre y las demás pudieran ver y probar su dulce.

Una criada fue trayendo las tartas y pasteles ya dispuestos en bandejas. También así se veía claro que su tarta tenía una calidad superior a la del resto.

A la señora Mingo le gustaba comportarse con algo de teatralidad exagerada en este punto. Iba mirando las tartas y las servía en orden, y hacía comentarios rimbombantes fingiendo sorpresa. La tarta de la señora González llamó su atención por encima de las demás desde el primer momento.

—Esta tiene un aspecto exquisito —dijo fijándose en ella, y la señora González sonrió para sus adentros.

Sin embargo, según dijo esto, la señora Mingo se giró hacia la señora Aparicio:

—La verdad es que lo que tú traes siempre destaca.

La señora González no podía creerlo. Iba a corregir a la anfitriona, pero antes de que pudiera hacerlo, su amiga fue más rápida y respondió de inmediato:

—Me ha costado encontrarla, pero sé que te va a encantar —dijo—. Y a vosotras también, claro —añadió mientras le sonreía a la señora González, que ahora estaba a punto de echarse a llorar.

Por un momento, consideró la posibilidad de reclamar su tarta, pero se dijo que aquello a las otras les parecería un gesto miserable. Y eso suponiendo que la creyeran, que bien podrían no hacerlo. A fin de cuentas, todas las demás, al igual que la señora Mingo, sabían que no era su costumbre traer tartas tan deslumbrantes como aquella.

Se conformó con guardar silencio y miró la sencilla tartita que la señora Aparicio había traído, y que ahora el resto de la mesa pensaría que era su irrelevante contribución al convite.

La señora Mingo sirvió unas porciones de aquella espléndida tarta, y todas alabaron su sabor.

—Es deliciosa, tenías razón.

—Buenísima —comentó otra—, aunque seguro que las demás también estarán ricas.

Todas rieron.

En silencio, la señora González tuvo que admitir para sí misma que el postre era una verdadera exquisitez.

En un extremo, la hija de la señora Mingo dejó la cucharilla en la mesa. En su platillo quedaba todavía buena parte de la porción que le habían servido, pero no parecía querer comer más, y su gesto era extraño. Se la veía respirar con dificultad y en su rostro había un malestar difícil de disimular. Cuando cruzó la mirada con la de su madre, aquella comprendió de inmediato.

La hija se levantó sin decir nada y salió del salón, y después se oyeron unos pasos apresurados que subían la escalera. La señora Mingo también salió de la pieza sin comentar nada. Fue a la cocina, donde se la oyó hablar y después se escucharon unos ruidos como de cartones. Unos segundos después, vino a paso acelerado blandiendo una caja morada, se puso junto a la señora Aparicio y, acercándole mucho una pegatina en el lateral, le gritó furiosa:

—¿Pero es que se te ha olvidado que mi hija es alérgica a los frutos secos?

La señora González tomó un bocadito de tarta de su plato y le supo de maravilla.

Música

Fue mi mujer la que eligió la cajita de música en aquel mercadillo. Ella es de esas personas que no sabe irse de sitios así con las manos vacías. La caja no tenía nada de especial, hecha de madera y sin ningún ornamento que llamara la atención. Auguré que acabaría en el trastero o decorando alguna habitación olvidada en la casa del pueblo.

La caja, al abrirla, tocaba una melodía simplona y repetitiva, con esa especie de sonido aletargado y metálico de todas las cajitas de música. Mi mujer decidió que la usaría para guardar algunos anillos que hasta ese momento metía en una bolsa de terciopelo, y la puso sobre la cómoda.

Sucedió entonces que aquella música, esa melodía insulsa, fue conquistándonos poco a poco. Mi mujer abría la caja para buscar uno de sus anillos y se quedaba embelesada escuchando su sonido, sentada al pie de la cama, como quien escuchase a un verdadero músico interpretar frente a ella

una pieza. Mi hija, si es que escuchaba el tintineo de esas notas, venía a nuestro cuarto y escuchaba también. Con el tiempo, incluso bailaba al son de la melodía, y nosotros la mirábamos sonrientes. Aquella música nos trajo una felicidad inesperada, bastaba con abrir la caja para sentirnos bien.

Ahora mi hija volvía del colegio y lo primero que hacía era ir a abrir la cajita. Mi mujer se retiraba a la habitación con cualquier excusa y yo oía la música sonar durante minutos hasta que ella regresaba. Intentó incluso averiguar el nombre de esa melodía, convencida de que debía ser alguna pieza célebre que hubiera sido interpretada por numerosas orquestas, y que podríamos encontrar alguna grabación para escucharla completa. Dedicó tiempo a ello, pero no tuvo éxito en su búsqueda.

A mí me gustaba ver el disfrute de mi hija y de mi mujer, pero confieso que no encontraba nada especial en aquella melodía. Es más, me cansaba rápidamente de escucharla, y de no ser por esa alegría que veía en ellas, me habría parecido insoportable escuchar tanto tiempo la misma cancioncilla.

Al cabo de los días, sin embargo, también yo empecé a cogerle gusto a la melodía, y disfrutaba igual que ellas de escucharla. Aun si mi mujer no estaba en casa o no necesitaba abrir la caja para coger uno de sus anillos, yo la abría y pasaba unos minutos escuchando su música, y al hacerlo me llenaba de una felicidad maravillosa.

Era fin de semana y salí a dar un paseo antes de que ellas se despertaran. Por el camino, iba a ratos silbando o tarareando

la melodía de la caja de música, y seguí haciéndolo cuando llegué a casa.

—¿Qué es eso que vas silbando todo el rato? —me preguntó riéndose mi mujer.

—Es la musiquita de la caja —le dije.

Ella abrió los ojos y luego se echó a reír.

—¡Pero si no se parece en nada! —dijo sin parar de reírse.

Luego fue hasta la cajita, la abrió, y para mi sorpresa sonó una melodía distinta, aburrida. No noté en mi mujer ninguna emoción al escucharla. Mi hija se acercó, pero no fue por la música, sino por oírnos hablar y oír las risas de mi mujer. Tampoco vi en ella ningún interés por la melodía.

Apenas la dejó sonar unos segundos y después cerró la caja sin más.

—¿Ves como no se parece? ¿Cómo era la que tú silbabas?

Y al intentar silbarla me di cuenta de que no recordaba ni una sola nota.

Martina

Se conocieron en la presentación de un libro, poco antes del verano. Él iba invitado por el autor, para el que había ilustrado un libro anterior tiempo atrás; ella era una simple lectora interesada. En el aperitivo que se sirvió tras la tertulia, se dedicaron miradas y sonrisas mal disimuladas, y con un canapé en la mano, compartieron alguna frase. No supieron dar continuidad a aquel primer contacto. Ella se fue de la librería antes que él, y él ni siquiera la vio salir.

El dibujante volvió a casa fascinado por la belleza de esa mujer y enfadado consigo mismo por no haber sido capaz de conseguir su número de teléfono o algo que pudiera favorecer un nuevo encuentro. No sabía ni siquiera su nombre, pero quiso darle uno que encajara con esa fascinación que le despertaba. Imaginó que se llamaba Martina. En un cuaderno que acababa de comprar, escribió ese nombre en la

tapa y en la primera página esbozó con un bolígrafo un primer retrato de ella tal y como la recordaba.

Dibujó retrato tras retrato durante semanas, después meses. Se obsesionó con ella y la pintaba cada tarde en una pose distinta. Martina sentada, Martina caminando, Martina riendo, Martina con el pelo suelto, Martina tomando el sol. La imaginaba de una y otra manera y llevaba sus fantasías a las páginas de la libreta. No era a ella a quien dibujaba, sino a la imagen idealizada que tenía de su cara, de su sonrisa, de su cuerpo después de esos pocos minutos que habían compartido. No la materializaba, sino que la invocaba.

Meses después volvieron a verse en el mismo lugar, cada cual comprando un libro. Una casualidad hermosísima que ambos bendijeron. Entendieron de inmediato que habían sentido algo similar después de aquella primera vez, y que ahora la coincidencia no debía desaprovecharse. El noviazgo arrancó en ese mismo instante antes siquiera del primer beso.

Vivían a apenas unas pocas manzanas de distancia y empezaron a verse casi cada tarde. Les fascinaba cuanto descubrían del otro. El embeleso inicial del amor parecía no ir a desaparecer nunca.

Una mañana él tuvo que salir y le propuso que se quedara en la cama un poco más y luego lo esperara hasta que él volviese ya cerca del mediodía. Era la primera vez que lo hacía, la primera en que estaba sin él en su casa. Le dejó una llave. A ella le pareció un paso lógico y esperable, pero aún así se emocionó.

Quería respetar la intimidad de él, pero no le pareció mal curiosear la habitación donde trabajaba. Ella no tenía ningún talento para las artes plásticas, y aquello del dibujo le resultaba casi misterioso. Sobre la mesa encontró multitud de papeles y lápices, cuadernos, un ordenador y algunos artilugios que no estaba segura de saber para qué servían.

Al borde de la mesa había dos cuadernos con un nombre de mujer. Martina. Pensó que quizás no debiera mirarlos, pero no pudo evitarlo. Abrió una página al azar y encontró retratos hechos a bolígrafo. Luego descubrió que todas las páginas eran similares, que en todas ellas aparecía la misma mujer joven a la que no reconocía. Algunos de esos retratos eran íntimos. Sintió la obsesión de él, la dedicación. Lo visualizó llenando aquel cuaderno, tal vez con ella delante posando o quizás trabajando de memoria, rememorando algo que ya no existía o acaso solo soñando con un imposible. Quiso intuir la devoción, la intensidad del sentimiento.

Cuando él volvió no la encontró más fría, ni tampoco ella quiso mostrarse distinta, a pesar de que no podía dejar de pensar en esos cuadernos. No preguntó nada, no quiso saber quién era aquella tal Martina. Se resistió a hacer esa pregunta en los días y semanas que siguieron, a medida que su entusiasmo decaía, doblegada por la sospecha y la inseguridad. Él no tuvo más remedio que moderar igualmente su entrega hacia ella.

—¿Quieres que te dibuje? —le preguntó él una tarde.

Ella creyó ver ilusión en su propuesta y aceptó con entusiasmo. Él preparó una lámina grande e hizo un retrato con acuarela. Mientras dibujaba, le daba algunas instrucciones para que ella posara.

El retrato era distinto a los que había visto en los cuadernos, pero le pareció similar a aquellos. La pose, se dijo, le recordaba a la de algunos de esos otros dibujos. No se reconoció en aquella pintura.

—La verdad es que he hecho muy pocos retratos —dijo él, quizás disculpándose por la poca fidelidad del resultado.

A ella le dolió escuchar aquello.

Los cuadernos siguieron en la mesa, los veía cada vez que quedaban en casa de él. A veces en una posición distinta, y ella imaginaba entonces que él quizás hubiera añadido algún nuevo retrato. Empezó a resistirse a que se vieran allí, y lo invitaba para que fuera él quien durmiera en casa del otro. Con el tiempo, las invitaciones se fueron espaciando.

Nunca se atrevió a preguntar acerca de esos retratos. Ni siquiera cuando decidieron separarse consideró salir de dudas.

Esa tarde él compró una nueva libreta, escribió en la tapa el verdadero nombre de ella y empezó a dibujar.

Escapada

Se cumplía un año desde la muerte de mi marido y me sentía sola. Había recuperado la ilusión por vivir, el duelo se diría ya superado, pero en aniversarios así es inevitable caer en la tristeza. Se me ocurrió que me vendría bien un viaje. Cambiar de aires por unos días, y mejor si era en algún lugar que hubiera tenido algún significado para nosotros. A veces la mejor manera de combatir la melancolía es alimentarla.

Sin decir nada a nadie, reservé cuatro noches en un hotelito en el campo al que él y yo habíamos ido cuando aún éramos novios, y en el que habíamos disfrutado una de las semanas más dulces de nuestra vida.

Había pasado mucho tiempo desde entonces, pero tenía el recuerdo fresco de aquellos días, por todas las veces que lo habíamos rememorado y habíamos hablado de ello. Siempre supimos que nos había dejado huella esa escapada. Recordábamos sobre todo el primer día, lo mucho que

nos impresionó el jardín tan bien cuidado, la sensación de libertad al sabernos allí los dos solos. Al llegar a la recepción, tocamos un timbre de latón y no apareció nadie, pero al segundo intento bajó una mujer mayor con aire despistado y nos dio la bienvenida. Parecía nerviosa, como si fuéramos sus primeros huéspedes y no tuviera práctica en aquello, y nos pareció que eso daba aún más encanto a nuestro viaje.

En el grueso libro que había sobre el mostrador de la recepción, ella buscó los nombres que le dimos y después nos entregó la llave de la habitación. Luego nos dijo que hacíamos una buena pareja. Mi marido se apresuró a responder y, en un arrebato un tanto ridículo de romanticismo, añadió unas frases edulcoradas sobre nosotros y lo felices que éramos juntos, con las que los tres nos reímos tontamente.

Ahora en la recepción había un muchacho. Muy agradable, pero sin el mismo encanto. Le hablé de mi anterior estancia y me dijo que en aquel entonces él ni siquiera había nacido. Nos reímos.

—Usted conoce esto mejor que yo, así que no tengo que explicarle nada. Siéntase como en casa.

La habitación que me dio no se parecía a la de entonces, aunque la vista era magnífica. Desde allí se alcanzaba a ver un pequeño lago al que mi marido y yo íbamos caminando al final del día, y que también me trajo de inmediato muchos recuerdos.

Era temporada baja y no había apenas huéspedes. Aquel otro viaje lo hicimos en estas mismas fechas, el campo tenía

un color semejante y el tiempo era parecido, acaso algo más fresco, yo lo recordaba bien.

El tercer día a media mañana, a punto de salir para dar un paseo, escuché tocar el timbre. Según bajaba para alcanzar la puerta que daba al jardín, volvieron a tocar. Supuse que el muchacho andaría fuera y no lo habría oído. Él parecía ser el único empleado, y lo más normal es que tuviera que encargarse de todas las tareas del negocio.

Me encontré con una pareja. Les saludé y ellos me correspondieron. Y como aquel hotel me era tan cercano y me sentía en él con tanta naturalidad, sin saber por qué les pregunté sus nombres. Cuando me los dijeron, miré la habitación que tenían asignada en el libro de entradas y descolgué la llave correspondiente de la pared para dársela. Para mi sorpresa, era la misma que en su día ocupamos nosotros.

El hombre me dio las gracias, y al hacerlo me recordó a mi marido. Los gestos, la manera de hablar. Ella tenía el pelo largo y recogido en una coleta, igual que yo lo llevaba en aquellos primeros años de noviazgo. Me imaginé que venían a pasar unos días románticos y quise recomendarles el paseo hasta el lago o la ruta que recorre la vía de tren abandonada. Les dije que hacían una buena pareja y ella se ruborizó. Él sonrió y le pasó la mano por la cintura. Los vi subir por la escalera hacia su habitación.

Caminé muy despacio hasta el lago y me senté a la orilla. Allí estuve hasta que llegó un atardecer raro, apresurado, que trajo de pronto un frío que hizo insuficientes mis ropas. Al

volver se veía una única luz encendida en el hotel, la de una habitación que no era la mía, y en la que intuí la silueta de un hombre desde la distancia.

En la recepción ahora no estaba el muchacho, sino una mujer mayor. Habría jurado que era la misma de aquel entonces. Al verme entrar, me sonrió y luego miró hacia la escalera, por la que en ese momento bajaba mi marido.

Terminal

Sucedió tal y como dijeron los médicos. Era ya demasiado tarde, no había nada que pudiera hacerse, y su salud fue empeorando sin remedio según sus órganos acusaban el deterioro provocado por la enfermedad.

Fueron unos meses raros. Sufrió poco, esa es la verdad, o al menos no de un dolor físico que se fuera también agudizando a medida que sucumbía al mal que lo aquejaba. Simplemente se fue apagando, perdiendo vitalidad de una manera dulce, casi cruel en su morosidad.

Lo que nadie pudo predecir fue el extraño modo en el que su apariencia cambió en ese tiempo. Porque mientras su interior se degradaba, su exterior iba luciendo cada día más saludable, más vital. Desaparecían sus arrugas, ganaba brillo en la mirada, mejoraba el color de su piel, su postura era más firme y erguida. El cabello hasta entonces ralo acabó por ser una cabellera tupida y lustrosa. La enfermedad que

le destruía por dentro le obsequiaba al mismo tiempo una lozanía como hacía tiempo que no gozaba.

—Qué bien te ves —le decían con una sinceridad total, algunos de ellos convencidos de que la enfermedad remitía, porque de qué otra manera podía explicarse si no esa apariencia rejuvenecida.

Cada vez que escuchaba algo así, se sumía en una depresión aún mayor, no contestaba, a veces incluso lloraba ante la crueldad de aquella ironía. Solo quienes compartíamos todo nuestro tiempo con él sabíamos que se debilitaba cada día, y con el tiempo acabamos por saber también esa tortura emocional a la que le condenaba la rara manera en que su cuerpo manifestaba la enfermedad.

Mi madre, entregada por completo a su cuidado, envejeció los años que él parecía retroceder. Ahora hacían una pareja descompensada, él con ese aspecto fresco y vigoroso, ella falta de energía y sueño, apagada, apática. La gente los miraba con extrañeza, las más de las veces juzgándolo a él con desdén, por cuanto era ella la que hacía un esfuerzo visible mientras él, con su aspecto más saludable, no hacía sino recibirlo y beneficiarse.

Se volvió receloso de su imagen. La idea de fotografiarse le irritaba. Sin decirlo, nos hacía saber el odio que ahora tenía por su aspecto.

En una ocasión, lo ayudé a levantarse de la cama y los dos nos quedamos parados frente al espejo, observando en el

reflejo cómo nuestros cuerpos habían vuelto a tener casi la misma estatura.

Su muerte se nos hizo incomprensible. En las últimas semanas le faltaba toda energía, apenas interaccionaba con nosotros, pero lo mirábamos en aquel esplendor inesperado y nos bastaba para recordarlo como si ya se hubiera ido, como si esa materialización de su persona no fuera actual, sino de otro tiempo en el que lo habíamos conocido con una apariencia como aquella.

Murió en la cama, suavemente, con su mejor apariencia. Entonces me di cuenta de cómo estos cambios, al regresarlo a sus años de buena salud, lo habían hecho cada vez más parecido a mí. Mirar su rostro ya frío fue como verme a mí mismo sin vida, como una premonición tangible de cómo se vería mi propio fin. Asistí a su cremación, pero no fui capaz de mirar el cuerpo dentro del féretro.

Ahora intento recordarlo en los años anteriores a que cayera enfermo, en esa vejez entrañable.

—Te estás haciendo viejo —me dijo un día mi hijo, bromeando.

Me pareció hermoso.

Un cuento de verano

El plan de verano era el de todos los años: pasar un mes en el apartamento que alquilábamos en la playa, en aquel pueblo en el que mamá veraneaba desde que era joven. La tía Julia venía siempre con nosotros, pero esta vez había decidido que prefería hacer un viaje y se iba a pasar las vacaciones recorriendo China con un grupo de amigos. Nosotros nos quedaríamos con Coco, su perro, que no podía ir con ella de viaje.

—Qué envidia. Yo también quiero ir a un viaje así —dije, aunque en realidad me lo pasaba muy bien en la playa, y en el pueblo tenía algunas amigas a las que veía cada verano y con las que tenía ganas de volver a jugar.

Mamá, que es muy organizada, tiene una lista que siempre utiliza, con todas las cosas que hay que comprobar antes de salir de viaje. Apagar las luces, cerrar las ventanas, coger las

llaves de la otra casa, poner esas cosas raras en las macetas para que se rieguen.

Fue un mes genial. Nos bañamos mucho, vi a todas mis amigas, e incluso algunos días se vino Matilde a dormir a casa. Se me pasó el tiempo volando.

Había mucho tráfico en el camino de vuelta, al parecer todo el mundo volvía de vacaciones al mismo tiempo que nosotros. Llegamos a casa ya de noche. Al entrar, había un olor horrible y moscardones verdes volando por todas partes. Mamá se enfadó mucho y le gritó a papá que era un desastre, que ella le había recordado muchas veces que sacara la basura antes de irnos, y que siempre pasaba igual. Papá pareció enfadarse, como si él no tuviera la culpa, pero estaba claro que no había sacado la basura, así que dijo que sí, que vale, que lo sentía, y que todos alguna vez cometemos errores o se nos olvida algo.

Pero cuando fue a la cocina, resultó que la puerta estaba cerrada, dentro no había moscas, y en el cubo de basura había una bolsa vacía.

Justo ahí llegó un mensaje de la tía Julia, que acababa de aterrizar.

«Ya estoy de vuelta. Espero que Coco se haya portado bien. Mañana por la mañana paso a recogerlo. Besos».

—¿Coco? —llamó mamá, por primera vez en todo el verano.

Praga

Pegada con un imán en la puerta de la nevera había una postal de Praga. Sobre una estantería, un souvenir de la ciudad con una miniatura metálica de la Torre del Reloj.

Lo que más le molestaba cuando alguien venía a su casa eran los comentarios siempre errados sobre aquellos objetos.

—¿Has estado en Praga? A mí me encantó.

—Tengo unas ganas de ir a Praga... Tú lo conoces mucho, ¿no?

Solía decir que sí, fingir ser una turista apasionada de la ciudad y adornarlo con las cuatro curiosidades típicas que conoce todo el mundo, para así llevar rápidamente la conversación a otro lugar.

La verdad era que ella no había estado nunca en Praga. Conocía los nombres de los sitios y los monumentos porque alguna vez él le habría hablado de ellos. Él, que había nacido allí y allí vivía, y que solo había salido de la ciudad para pasar

aquel año en España en el que se habían conocido. Él, que había compartido casi todo aquel periodo con ella, en su casa, pero que llegado el momento se fue sin más, con pena aparente pero sin intención de evitarlo.

A mitad de la estancia tuvo que regresar unos días, y a la vuelta le trajo la figurita. Un regalo ridículo, lo admitió, pero ella no pudo imaginar nada mejor. La colocó en el lugar exacto que aún hoy ocupa. Cuando se volvió definitivamente, le mandó la postal a los pocos días. El texto es cariñoso, pero duele. No le propuso nunca que ella fuera, que se mudara y vivieran juntos allí. Después de eso algunos mensajes, alguna llamada, y luego nada. Solo una postal y una figurita que no piensa quitar.

* * *

—¿Te gustó Praga? —le preguntó aquel otro chico la primera vez que estuvo en su casa al ver la figura.

Había pasado un año. Esta vez a ella no le disgustó tanto la pregunta como con otras personas, pero volvió a pretender que conocía la ciudad y repitió lo mismo de siempre. No tenía sentido dar explicaciones, y mucho menos contar el porqué de aquello y hablarle de otra persona. No con él, no ahora que parecía que la cosa iba bien y se sentían a gusto juntos.

Así siguieron durante unos meses, viéndose a menudo, descubriendo que lo suyo quizás pudiera funcionar y convertirse en algo serio.

—Tengo algo especial para tu cumpleaños —le anunció.

Al llegar la fecha, le regaló unos billetes para que ambos pasaran un par de días en Praga en un puente al mes siguiente. Ella fingió emoción.

—Te hace ilusión, ¿no?

Lo intentó, pero no fue capaz de disfrutar el viaje. Al menos supo disimular bien su desencanto, porque justo antes de volverse, él, convencido de que para ambos había sido una experiencia igual de hermosa, le regaló un poster que después enmarcó.

—Puedes ponerlo ahí, va a quedar bien. Así te acuerdas de nuestro viaje.

Y ella así lo hizo, porque todavía tenía la esperanza de que todo creciera, de enamorarse más aún, y no haberlo hecho habría significado echar por tierra esa posibilidad.

Pero no sucedió lo que esperaba. Dejaron de verse, aunque ella no fue capaz de quitar aquel poster que ya no sabía bien lo que significaba. A él lo podía olvidar, sabía que lo haría pronto, pero ahora había tres piezas en aquel puzle y todas eran necesarias, y qué más daba de dónde y cuándo vinieran. Praga pertenecía solamente a una persona, no podía engañarse en eso.

* * *

En una página de Internet, compró un imán de nevera con la palabra *Praha* y un dibujo en acuarela. Lo puso en la nevera, sujetando la postal.

El imán, la postal, el poster, la figurita. Ahora se veía más evidente la presencia de la ciudad en ese pequeño apartamento suyo, y cualquier nueva visita preguntaba por ello al poco de llegar.

—¿Te gusta mucho Praga? Dicen que es una ciudad muy bonita.

—No he estado nunca, es una amiga mía que vive allí y me trae estas cosas. Quedan bien, ¿no?

De narices

Los Ortiz habían invitado a algunas parejas de amigos a cenar en casa. Ella los recibía en la puerta con una sonrisa mientras su marido preparaba las bebidas.

—No me he puesto perfume, que luego dices que te molesta —comentó la señora Castillo mientras le daba dos besos. Había un sarcasmo mal disimulado en el tono de su voz.

Era por todos conocido que la señora Ortiz tenía un olfato desarrolladísimo. Sabían también que no era sencillo convivir con un olfato tan fino, y se veían obligados a adaptar muchas de sus costumbres cuando estaban con ella. A veces les parecía que era todo un poco exagerado y ella un tanto extravagante; otras, encontraban divertido hacer bromas a su costa.

—Se me había olvidado el olor que tiene esta casa. Aunque con esa nariz que tiene tu mujer, aquí eso lo debéis llevar

a rajatabla —le comentó la señora Ortega al señor Ortiz riendo.

A su lado, el señor Ortega no dijo nada y solo dejó asomar una sonrisilla cansada.

A la señora Ortiz los comentarios así siempre le parecían improcedentes. Estaba ya harta de esas bromas, y quizás fuera hora de hacérselo saber a los demás.

La conversación transcurrió de manera afable en los preliminares, mientras tomaban el aperitivo sentados en el sofá. Entonces el señor Molina, en general falto de tacto, comentó que habían tenido una semana complicada en el trabajo a causa de unos papeles que se habían perdido.

—Vamos a tener que contratar a un perro para buscarlos. O a ti, que tienes ese olfato de sabueso —dijo riendo mientras aspiraba ruidosamente por la nariz. Los demás también rieron.

Hubo un silencio, como si todos buscaran algún tema de conversación para continuar.

—No creo que pueda ayudaros —dijo entonces ella—. Aunque hay muchas cosas que pueden deducirse por el olfato, os sorprenderíais.

—¿Ah sí? —dijo el señor Castillo—. ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el olor me revela lo que la gente ha hecho recientemente.

Los demás la miraron.

—El contacto íntimo, sin ir más lejos, provoca olores que perduran incluso varios días. Un orgasmo deja una huella

muy fácil de reconocer. Aunque por mucho que me he acercado a ti —dijo mirando a la señora Molina—, no he olido nada así, la verdad. En tu marido, curiosamente, sí.

Los Molina se miraron entre sí sin decir nada, y la señora Ortiz continuó como si no esperara respuesta.

—La rabia también tiene un olor muy particular. El odio, el enfado. Cuando dos personas discuten con intensidad, luego huelen de una manera característica. —Miró entonces a los Castillo—. La de hoy ha debido ser gorda, porque también ha habido llanto —añadió—. Las lágrimas dejan un aroma muy curioso.

Los Ortega se miraron entonces nerviosos. Él tenía el mismo aspecto fatigado que a su llegada y el rostro falto de color. En lugar de mirarles, la señora Ortiz perdió la mirada a través de la ventana y volvió a hablar.

—Mi padre, como creo que ya sabéis, murió de una enfermedad…complicada. Pasó unos últimos años muy duros, con muchos dolores. La enfermedad le dejó un olor suave, como a tierra mojada. —Giró, ahora sí, la cabeza hacia el señor Ortega—. Lo siento.

Luego acercó la copa a su marido para que le sirviera un poco más de vino. Este la llenó mientras los demás guardaban silencio, y ella antes de beber se la acercó a la nariz y aspiró profundamente.

Causa y efecto

La primera evidencia de nuestra particular conexión se manifestó cuando ambos contábamos diez años. Hasta entonces, no éramos más que dos niños de aspecto idéntico, sin rastro ninguno de ese vínculo sobrenatural que algunos dicen que aparece entre ciertos gemelos.

Esa tarde mi hermano se cayó mientras jugaba al fútbol en el recreo. Se golpeó la rodilla y quedó en el suelo llorando unos minutos, pero no parecía tener ni un solo rasguño. Cuando volvimos a clase, vi que en mi pantalón había una mancha de sangre a la altura de la rodilla, y al remangarme la pernera tenía allí una herida que no sabía cómo me había hecho. No sentía ningún dolor.

Meses después, mi hermano tuvo que llevar muletas durante una semana por culpa de un esguince. Lo curioso es que él no había sufrido ningún accidente, simplemente notó cómo aparecían la hinchazón y la incapacidad para mover-

se. Esa misma tarde, yo había tropezado en las escaleras de casa y me había torcido el tobillo, aunque aquello no había tenido para mí ninguna consecuencia más allá de un dolor momentáneo e intenso.

El puñetazo que otro niño me propinó hizo que el labio de mi hermano comenzara a sangrar. La comida en mal estado que él probó me causó a mí una intoxicación que me tuvo en cama varios días. Tal parecía ser nuestra condición de gemelos, con aquel extraño reparto de causas y efectos. Las consecuencias de los accidentes que uno sufría no se manifestaban en él mismo, sino en el otro. Él lucía los moratones de mis peleas juveniles, yo vertía la sangre de sus tropiezos.

Comprendimos lo que aquello significaba y a partir de ahí nuestra vida fue cambiando a medida que aceptábamos la circunstancia y nos heríamos el uno al otro involuntariamente.

La inconsciencia de la juventud vino acrecentada por la certeza de no ir a pagar el precio de nuestras imprudencias. Éramos egoístas, no pensábamos en el otro, porque tampoco el otro pensaba en su contraparte. No veíamos en ello más que un simple intercambio de consecuencias, un trueque de repercusiones.

La madurez puso, sin embargo, fin a este desenfreno, y no solo dejamos de comportarnos de aquella manera irresponsable, sino que, progresivamente, desembocamos en una cautela excesiva. Un cuidado exagerado del otro nos llevaba a evitar todo peligro, a ser precavidos de un modo obsesivo.

La responsabilidad que sentíamos por la salud del otro era enfermiza.

Siempre hemos tenido una relación muy cercana y fluida, pero si en algún momento discutíamos o nos enfadábamos, de inmediato pensábamos en lo sencillo que sería para cualquiera de nosotros causar daño al otro, y eso nos traía una tremenda inquietud.

Mi hermano acusó con más intensidad esta nueva etapa. Con los años, su vida se redujo al mínimo, apenas salía de casa y todo le asustaba. Le aterrorizaba la idea de que la salud y la vida de otro estuvieran en sus manos, y por momentos no era capaz de soportar esa idea.

—¿Y si me pasara algo? ¿Y si *te* pasara algo? —se excusaba ante cualquier propuesta que considerara insegura.

Yo intentaba sacarle de esos pensamientos, mostrarle cómo yo hacía una vida relativamente normal a pesar de que mi situación era similar a la suya, y cómo él tenía a pesar de ello una buena salud. Él no decía nada, y su día a día no era sino una sucesión de rutinas saludables y suplementos, junto con actividades en extremo seguras.

—Se puede encontrar un equilibrio— le decía yo, pero él no escuchaba.

Aun así, también a mí me era cada vez más difícil vivir con normalidad, y su estado de paranoia me hacía pensar que quizás yo no lo quisiera tanto como él a mí.

Cuando la situación se hizo insoportable para él y vio que la angustia le superaba, quiso hablar conmigo. Fui a verle a su

casa y me confesó que no podía continuar así, que no quería seguir viviendo de esa manera. Me sentí culpable, pero él me dijo que no era mi culpa, y en sus palabras y su actitud entendí que me estaba pidiendo ayuda. También comprendí que él no podía solucionar por sí mismo el problema: si trataba de dar fin a su vida, sería yo quien moriría.

—Siento que tengas que hacer esto —me dijo entre lágrimas.

Lo abracé, ambos lloramos, y le prometí suicidarle aquella misma tarde.

Konstantin Schifter. Concierto para Violín nº 16

El Concierto para Violín nº 16 de Konstantin Schifter no es, en teoría, una pieza especialmente difícil. Un violinista competente tiene en su repertorio obras de ejecución mucho más compleja, con una exigencia técnica que supera ampliamente la de esta partitura. Sin embargo, y a pesar de su calidad y el renombre de su compositor, el Concierto para Violín nº 16 lleva décadas sin tocarse en ningún gran auditorio, y no hay orquesta de prestigio que acepte incorporarlo en su programa.

La razón por la que tanto intérpretes como directores rehúsan tocar esta pieza no reside en su dificultad, sino en la maldición que al parecer pesa sobre ella, y que impide que sea llevada al escenario con una interpretación a la altura de su valor musical. En particular, el ya legendario compás 1248, en el tercer movimiento, tiene el dudoso honor de provocar

toda clase de errores y accidentes, y no se tiene constancia de ninguna representación en la que el violín solista lo superara de manera solvente.

En el estreno de la obra, el violinista austriaco Fabio Hausle, inesperadamente, no acertó con el arco y regaló a la audiencia un chirrido horrísono que a punto estuvo de arruinar su carrera. Lo que parecía un hecho aislado resultó no serlo tanto cuando, en distintas representaciones posteriores, otros intérpretes vieron las clavijas de sus violines aflojarse en ese compás concreto, alguna de sus cuerdas romperse, fueron aquejados de calambres en una u otra mano, o equivocaron alguna nota, entre otros problemas. La variedad de catástrofes asociadas al compás 1248 era de una riqueza asombrosa. Siendo que el de los músicos es un gremio proclive a la superstición, se entiende que la pieza cayera a partir de ese momento en el olvido.

Era de esperar, a la luz de esta historia, que el anuncio de la Filarmónica de París de tocar el Concierto nº 16 en una de sus futuras actuaciones fuera recibido con expectación y curiosidad por los aficionados. La elección del solista no fue casual: se invitó al israelí Avel ben Galor, cuyo abuelo, también célebre violinista, tuvo la desdicha de interpretar la pieza en público en sus años de más renombre, con el esperado resultado fallido.

En realidad, fue el propio ben Galor quien propuso la idea a la orquesta en cuestión, después de años de analizar la pieza y su historia. En lugar de negar la maldición de la

partitura, aceptó su existencia y se propuso desentrañar su mecanismo. Estudió la vida del compositor y el resto de su obra, investigó la historia de todas y cada una de las representaciones fallidas anteriores, así como de sus intérpretes. Buscó patrones ocultos en las notas y los compases, consultó a supuestos expertos en artes adivinatorias y asuntos paranormales. Así, creyó haber descubierto el porqué de aquel temido compás 1248 (cuyo significado también trató de averiguar mediante la cábala y la numerología) y de las distintas tragedias que en él sucedían. Y una vez que hubo comprendido su funcionamiento y se sintió capaz de dominarlo, lanzó su propuesta.

Para añadir aún más interés al evento, el director de la Filarmónica era en ese momento el alemán Jonas Winkler, con quien años atrás el violinista había protagonizado una célebre disputa trufada de insultos y amenazas, la cual había tenido a ambos alejados de los escenarios durante tiempo. Era bien conocido el odio que se profesaban entre sí. No habían coincidido desde entonces, y se entendía que esta colaboración, con un programa tan particular como el que se anunciaba para esa noche, era la ratificación definitiva de una reconciliación entre ambos.

Las entradas se agotaron rápidamente, y era obvio que el interés principal no estaba tanto en la música en sí como en ver lo que sucedía en aquel fatídico lugar de la partitura. Algunos puristas criticaron la elección y la tildaron de burda maniobra de mercadotecnia. Aun si aquello era cier-

to, resultaba evidente que no era una operación exenta de riesgo.

Avel ben Galor obsequió a los presentes una ejecución perfecta de los dos primeros movimientos del concierto, pese a ser consciente de que tanto para él como para el público aquello no era más que una especie de entremés musical que conducía al verdadero evento de la noche. Al entrar en el tercer movimiento, su convencimiento era absoluto, transmitía una seguridad y un temple rotundos. Con los ojos cerrados, tocó cada nota del compás 1248 con un sentimiento desbordante, con delicadeza, con garra. No se equivocó, nada falló. Sus dedos, su violín y su arco se comportaron con exquisita perfección.

Solo al percibir algo de excitación en el público supo que había llegado al siguiente compás, y que el auditorio al completo estaría ya preparándole su mejor ovación. Los imaginó en sus butacas, conteniendo la respiración antes de llegar a aquellas notas, y ahora cuchicheando en voz baja. Quiso intuir entre las primeras filas algún movimiento, quizás de alguien lo suficientemente emocionado como para levantarse antes de tiempo a aplaudir, que hubiera en último momento reprimido su impulso.

Abrió los ojos para contemplar el auditorio, y luego miró al director de orquesta. Encontró en su rostro un gesto de dolor mientras se llevaba la mano al pecho, dejaba caer la batuta y se desplomaba sobre la tarima.

Avel ben Galor volvió a cerrar los ojos y, con una sonrisa en los labios, continuó tocando el resto de la pieza por encima de los gritos de horror del respetable.

Índice

Página

1 Un retrato 1
2 Con lupa 5
3 Marfil. 9
4 Una dedicatoria 13
5 Duelo 17
6 Diario 21
7 Feliz Navidad 25
8 Última voluntad 27
9 Prueba y error 33
10 Starring 35
11 Mire al pajarito 43
12 Buen samaritano 47
13 ¿Qué tal el día? 53
14 Donde estuvimos 55

15 Gafas 57
16 Fruta 61
17 Tratado sobre la paciencia. 65
18 Dádiva 69
19 Devolver al remitente 71
20 Otro 75
21 Acordeón. 81
22 Gancho de izquierda 85
23 Confesión 89
24 A largo plazo. 93
25 El último trago 97
26 A los postres 103
27 Música 109
28 Martina 113
29 Escapada 117
30 Terminal 121
31 Un cuento de verano. 125
32 Praga 127
33 De narices 131
34 Causa y efecto. 135
35 Konstantin Schifter. Concierto para Violín nº 16 . 139